

COLECCIÓN



región centro

*trabajo y más trabajo...
no puedo dejarnos morir de hambre*

**MUJERES MARGINALES DE CHIAPAS:
SITUACIÓN, CONDICIÓN Y PARTICIPACIÓN**

COORDINACIÓN

Dra. Mercedes Olivera Bustamante
Dra. Inés Castro Apreza
Dra. Teresa Ramos Maza

AUTORÍA

Mauricio Arellano Nucamendi
Blanca Luz Álvarez Hernández

COORDINACIÓN EDITORIAL

Tania M. Bautista Gutiérrez

ISBN: 978-607-8240-72-0

**PRIMERA EDICIÓN: 2014**

D.R. ©2012. UNIVERSIDAD DE CIENCIAS Y ARTES DE CHIAPAS
1ª Av. Sur Poniente 1460, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, México.
www.unicach.mx
editorial@unicach.mx



CENTRO DE ESTUDIOS SUPERIORES DE MÉXICO Y CENTROAMÉRICA
Bugambillas núm. 30, fracc. La Buena Esperanza, San Cristóbal de las Casas, Chiapas, México
Tel. y Fax: 01 (967) 678.6921
www.cesmeca.unicach.mx

IMPRESO EN MÉXICO

Índice

1.	Presentación	5
2.	Introducción	13
3.	Apunte histórico	19
	3.1 La Depresión Central de Chiapas en la época prehispánica	
	3.2 Secuelas del período colonial en las poblaciones indígenas de la Depresión Central de Chiapas	
	3.3 Emergencia y consolidación de Tuxtla Gutiérrez como centro político-administrativo del estado	
	3.4 Auge y decadencia de las fincas	
4.	Regionalización	45
5.	Demografía	55
	5.1 La población indígena de la región Centro	
	5.2 Educación	



	5.3 Viviendas y servicios	
	5.4 Población económicamente activa	
	5.5 Marginalización y tercerización de la economía	
6.	Trabajo, marginalidad y exclusión de las mujeres	65
	6.1 Quiénes son las mujeres marginales	
	6.2 Qué hacen las mujeres marginales	
	6.3 Cómo se reproduce la marginalidad	
7.	Reflexiones finales	99
8.	Bibliografía	103

1. *Presentación*

Este es uno de los cuadernos que integran la colección de diagnósticos participativos que hemos preparado sobre las situaciones que enfrentan las mujeres marginales de las nueve regiones de Chiapas, en el contexto de las crisis estructurales que, a través del tiempo, han ido acumulado sus efectos en la población marginal, con el agravante de que ahora se les suman las manifestaciones de la crisis global. Estos diagnósticos regionales muestran desde una visión de género, la diversidad y profundidad de las problemáticas que ellas y sus familias, que representan el 76% de la población del estado¹, están viviendo, así como las distintas estrategias que han construido en un esfuerzo de sobrevivencia para asegurar el diario sustento familiar.

La crisis global tiene especiales repercusiones para los países de América Latina. Su impacto se puede presentar en aspectos tales como la baja de la inversión extranjera directa y la demanda externa, la disminución de las remesas de los trabajadores migrantes, así como en un aumento insólito de los precios de los productos básicos. Los impactos se han presentado tan-

¹ Cálculo en base a // *Conteo de Población y Vivienda, 2005*. CONAPO.

to en el nivel macroeconómico como en el microeconómico. Una reciente investigación² señala que a mediados de 2008, la cifra de pobres y extremadamente pobres, alcanzaba 71 millones de mexicanos. Esta situación se debe básicamente al aumento de los precios, al desempleo, al reducido crecimiento de la economía y a la concentración del ingreso nacional. Pero, en tanto que la crisis abarca también las estructuras y relaciones sociales, políticas y ambientales en todos los niveles de la existencia humana; se trata no sólo de una crisis económica, sino de una crisis "civilizatoria" mundial en la que los sectores sociales más afectados están siendo los marginados y los de menores ingresos, tanto rurales como urbanos y, en forma especial, las mujeres.

La economía de México se ha insertado en el proceso de globalización de manera frágil e inestable; además de haber asumido mecánicamente las reformas estructurales impuestas por el Banco Mundial (BM), la política económica mantiene una fuerte dependencia de las importaciones y un débil crecimiento basado en el vulnerable sector petrolero, con el que se financia el endeudamiento externo. La dependencia de Estados Unidos (EU) hizo que la crisis generada en este país repercutiera profundamente en el nuestro y que se continúe beneficiando a los sectores financiero y empresarial transnacionales sobre la producción y el mercado internos. También ha repercutido entre otros problemas en la persecución de la transmigración y la priorización de la lucha contra el crimen organizado, originando un creciente proceso de militarización, paramilitarización y narcomilitarización del territorio nacional y el aumento de la inseguridad social, la expansión de la violencia y la criminalización de la protesta social.

En este contexto Chiapas, que históricamente ha sido marginal, constituye uno de los estados del país que enfrentan de manera dramática los efectos negativos de la crisis global. Esto plantea el formidable reto de cambiar el modelo económico que no ha encontrado alternativas para el sector agropecuario de-

² Damián, A. *La Jornada*, 11 de marzo de 2009.

vastado por las políticas públicas, la sobrepoblación, el deterioro de los recursos, la falta de infraestructura productiva y los desfavorables precios para sus productos (Villafuerte, 2006)³. Con la crisis se han reducido las posibilidades para Chiapas de recibir los flujos de inversión extranjera, necesarios para reactivar el crecimiento económico y revertir la pobreza con la creación de empleos. La contribución al Producto Interno Bruto (PIB) nacional del sector manufacturero chiapaneco decayó del 1.25% en 1980 al 0.3 % en 2004.

La situación de deterioro del campo es particularmente grave si tomamos en cuenta que más del 40% de la población económicamente activa trabaja en la agricultura, pero aporta solamente el 15% al PIB estatal. Este deterioro se refleja de manera particular en la caída en la producción del maíz y el café que se explica por el desmantelamiento de las instituciones nacionales de regulación de los precios y fomento de la producción, así como por las desventajas del Tratado de Libre Comercio (TLC) que expuso a los maiceros chiapanecos a la competencia directa con los productores de EU que, además de estar subsidiados por su gobierno, tienen la producción más eficiente del mundo, (Villafuerte, 2006 y López, 2007)⁴. Ante esta problemática, la población de Chiapas ha tenido como una de sus principales respuestas el recurrir a la migración laboral, sobre todo al norte del país y hacia los EU.

En el contexto de la crisis un estudio del 2009⁵ documenta que mujeres rurales de 12 estados del país, identificaron como sus problemas más graves:

- 1) La falta de recursos y de trabajo
- 2) El alza de precios de consumo
- 3) La integración forzada al mercado de trabajo formal e informal en condiciones muy vulnerables

3 Villafuerte, Daniel, *Chiapas Económico*, Gobierno del Estado de Chiapas, 2006.

4 Villafuerte, Daniel, *op.cit.* y López.

5 *Crisis Alimentaria*. Red Nacional de Promotoras y Asesoras Rurales. Cámara de Diputados LXI Legislatura-

- 4) El aumento de la violencia familiar y social
- 5) El incremento de las cargas de trabajo en el hogar debido a la migración masculina
- 6) Las políticas gubernamentales que no resuelven los problemas estructurales

La problemática planteada por las mujeres marginales de Chiapas en nuestra investigación, que confirma las consideraciones anteriores, nos permitió valorar la profunda dimensión de los efectos de la crisis en sus vidas, así como visualizar la reproducción generacional de su marginación y subordinación de género cuyos elementos, en una dinámica circular a través del tiempo, conforman una frontera que obstaculiza su acceso al desarrollo, es decir a una vida digna.

Los resultados alcanzados en el conjunto de las 9 regiones de Chiapas, orientan al planteamiento de que la crisis económica y sus efectos sociales han profundizado las posiciones subordinadas de género de la población femenina y, especialmente, la de las indígenas, que constituyen la tercera parte de las mujeres del estado. En consecuencia hemos considerado de especial relevancia sus opiniones a cuestiones tales como ¿cuáles son las respuestas de las mujeres chiapanecas ante esta situación de crisis?, ¿cuáles son las modificaciones en sus actividades ocupacionales?, ¿cómo han participado en los flujos migratorios?, ¿qué alternativas de participación y organización han generado?, ¿cuáles son las estrategias que han creado para la sobrevivencia familiar?

Los resultados que se muestran en los nueve estudios regionales son producto del proyecto de investigación *Incidencia de la crisis global en la situación, condición y participación de las mujeres marginales de Chiapas*, coordinado por quienes integramos la Línea de Investigación Género y Fronteras, del Cuerpo Académico Política, Diferencia y Fronteras del CESMECA-UNICACH. El desarrollo de la investigación 2009-2010 ha sido posible por el financiamiento del Consejo Nacional de

Ciencia y Tecnología (CONACYT), en el marco del proyecto Integral de Formación de Recursos Humanos de Alto Nivel en Equidad de Género y Violencia contra la Mujer.

Consideramos que el enfoque de género en los estudios regionales y en particular en el estudio de los efectos de la crisis global es un instrumento metodológico que permite profundizar en el conocimiento de la realidad social y hace posible una explicación integral de los efectos de los procesos globalizados al mismo tiempo que se estimula la respuesta colectiva de los agentes sociales en los diversos ámbitos locales, regionales y nacionales.

Dos categorías centrales han orientado nuestra investigación: el género y la marginación. Consideramos que la inclusión de la categoría de género es imprescindible en los estudios de ciencias sociales; en nuestro estudio resaltamos los conceptos de condición y situación de género en el marco de las relaciones sociales desiguales y diversas, sobre las que se construyen los imaginarios que justifican la subordinación, discriminación, opresión y explotación de las mujeres. Entendemos por condición de género, la posición social a la que las mujeres pueden acceder en los diferentes ámbitos de su participación y en su autodeterminación, limitadas siempre por su situación, es decir por el conjunto de circunstancias y características sociales e históricas que las definen culturalmente, como seres-para y de-los-otros que se justifica arguyendo su función reproductora. La situación de género es diferente de acuerdo a las circunstancias históricas y culturales de su contexto sociocultural, incluyendo las costumbres y tradiciones específicas, pertenecer a una clase social y a un grupo de edad, realizar un tipo de trabajo o de actividad vital, por ejemplo.

El concepto de marginación del que partimos fue el propuesto por el Consejo Nacional de Población (CONAPO, 2000:11) y que la define como "un fenómeno estructural que se origina en la modalidad, esti-

lo o patrón histórico de desarrollo y se expresa, por un lado, en la dificultad para propagar el progreso técnico en el conjunto de la estructura productiva... y por el otro, en la exclusión de grupos sociales del proceso de desarrollo y del disfrute de sus beneficios"⁶. En el curso de la investigación hemos encontrado una dinámica circular de reproducción histórica de la marginación que ha obstaculizado a las mujeres marginales, ese disfrute.

Otro objetivo que propusimos, fue apoyar el fortalecimiento personal de las mujeres organizadas que colaboraron en la investigación, así como a sus colectivos de trabajo. Este objetivo co-participativo implicó su involucramiento desde las primeras etapas del trabajo. Se discutieron con ellas los objetivos de la investigación y se les capacitó para el levantamiento de la encuesta representativa a nivel municipal, que se aplicó en noviembre de 2009, a un total de 1831 mujeres marginales, cabezas de familia, de 448 localidades de los 118 municipios del estado y nos proporcionó información de 5,768 personas.

Muchas de las co-participantes también colaboraron como guías de campo y traductoras en las entrevistas semiestructuradas y a profundidad que realizamos en todas las regiones a: autoridades religiosas, ejidales y gubernamentales, así como a mujeres con participación social especial, anciana(o)s y dirigente(e)s de las organizaciones sociales. Para la interpretación y análisis de los datos recabados, consideramos fundamental partir del conocimiento, la voz y la experiencia de las propias mujeres que participaron en la investigación, se les entregaron los resultados iniciales de la encuesta que se discutieron en talleres temáticos en todas las regiones: Centro, Costa, Soconusco, Frailesca, Sierra, Fronteriza, Altos, Norte y Selva.

Este trabajo colaborativo permitió que algunas de las organizaciones participantes incluyeran en su agenda de trabajo parte de las problemáticas localizadas en su región. Ese com-

6 Índices de Marginación, 2000. CONAPO 2001.

promiso de las mujeres co-participantes ha generado el resultado que consideramos más significativo de la investigación: su transformación en agentes dispuestas a lograr la disminución de las desventajas sociales que viven en sus regiones. A todas las mujeres, tanto las pertenecientes a las organizaciones, como las que nos recibieron en sus hogares y tuvieron confianza en nuestro trabajo, expresamos nuestro sincero agradecimiento. Así mismo hacemos un reconocimiento a las autoridades y al personal de las diferentes instituciones que visitamos por sus atenciones y apoyo.

Finalmente, nos parece importante resaltar que en cada región se ha documentado la gran desigualdad social y subordinación de género que viven las mujeres marginadas de Chiapas. Lo que nos conduce a reconocer su resistencia y sus luchas así como propiciar todos los esfuerzos posibles para encontrar junto con ellas alternativas justas para su vida, eliminando sobre todo, el persistente y en ocasiones violento dominio masculino.

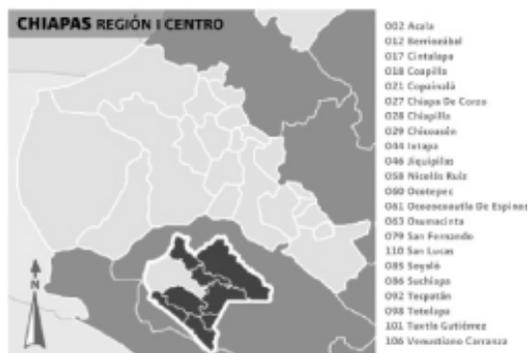
*Mercedes Olivera Bustamante
Inés Castro Apreza
Teresa Ramos Maza*



2. Introducción

La región I Centro se localiza en el oriente del estado de Chiapas, aproximadamente entre las coordenadas geográficas 16° 42' y 16° 14' de latitud norte y 93° 43' y 92° 21' de longitud oeste. Limita al poniente con el estado de Oaxaca, al noroeste con el estado de Tabasco, al noreste con la región V Norte, al este con la región Altos, al sureste con la región Fronteriza y al sur con la región Frailesca e Istmo-Costa. En ella se encuentra la ciudad de Tuxtla Gutiérrez, capital del estado de Chiapas.

Mapa 1. Municipios de la región Centro de Chiapas



Fuente: Enciclopedia de los municipios y delegaciones de México.



La región Centro posee características históricas, sociales, económicas y culturales que la distinguen de otras regiones del estado de Chiapas, particularmente de las indígenas. Entre ellas podemos mencionar: la existencia de tierra propicia para la agricultura y la ganadería, el predominio de población mestiza (78%), la alta proporción de propiedad privada (45%) respecto de la social (54%) en las unidades de producción y, desde luego, ser sede de la capital del estado: Tuxtla Gutiérrez, centro político y económico rector de la vida moderna de la entidad. Sin embargo, su delimitación como región no es clara (Toledo, 1998) y en su interior dista mucho de ser homogénea. En ella se ha dado una fuerte diferenciación social y cultural producto del desarrollo desigual y combinado del capital agrícola que, sin una industrialización significativa, se ha convertido en un polo de crecimiento y atracción para la población de Chiapas. Por sus diferencias internas, Viqueira (1995a) identifica en el territorio cuatro subregiones: Valles del Grijalva, Meseta Central, Comunidades del Sur y Montañas Zoques.

Para esta investigación sobre la región Centro de Chiapas, retomamos en general la división propuesta por Viqueira porque nos permite no sólo dar cuenta de las diferencias de cada subregión, sino también de la forma en que la población de cada una se ha visto afectada por las políticas neoliberales y las crisis del sistema. Aclaremos que en el análisis hemos omitido a las mujeres marginales del municipio de Tuxtla Gutiérrez por la complejidad de los procesos que viven y porque no contamos con la información necesaria para elaborar un análisis de su situación y condición de género en este espacio urbanizado. Sin embargo, adentrarnos en la periferia de la región Centro nos ha permitido conocer las condiciones materiales de vida y la manera como las mujeres marginales que en ella habitan están enfrentando con sus familias la denominada crisis global.

En este difícil quiebre económico que han tenido que afrontar las familias, aún cuando carecen de tierras propias, continúan dando im-

portancia a las actividades agropecuarias, básicamente a la producción campesina de autoabasto, y a los trabajos duros en los servicios de los que obtienen escasos ingresos. En este sentido, el título que damos a este libro, Trabajo y más trabajo... no puedo dejarnos morir de hambre, hace referencia a la incertidumbre cotidiana que viven las mujeres para resolver la sostenibilidad familiar, pero también a su movilidad y a los esfuerzos que realizan ante la falta de trabajos asalariados y las dificultades de los hombres para obtener ingresos. La escasez de empleos y la precarización del ingreso se expresan en un incremento del trabajo de las mujeres ya que se ven obligadas a ocuparse en actividades informales, sin desatender, por supuesto, sus responsabilidades en el espacio doméstico.

Es importante señalar que la tierra ha sido y sigue siendo un elemento central en la vida de quienes habitan la región Centro del estado. Sin embargo, desde tiempos de la Colonia, y sobre todo a finales del siglo XIX, un elemento histórico constante ha sido la reducción del tamaño de las parcelas campesinas e indígenas, principalmente de las mejores tierras, debido al crecimiento de la población, pero en especial a la venta, expropiación y despojo por parte de los mestizos.

Al igual que en el siglo XIX, cuando con las leyes de desamortización se expropiaron tierras a las comunidades y se otorgaron extensas superficies a una clase de hacendados que todavía un siglo después basaba su riqueza en la producción ganadera y maicera, lo mismo sucedió con la construcción de las presas hidroeléctricas de La Angostura, Chicoasén, Malpaso y Peñitas entre 1959 y 1980, y con la concesión de extensas superficies maderables a empresas aserradoras en el área de Chimalapas entre las décadas de los cincuenta y setenta.

Estas acciones han tenido fuertes impactos en la dinámica territorial, socioeconómica y cultural de la población afectada, campesinos en su mayoría, y ayudan a explicar por qué aquí se localizan tres de los

catorce focos rojos agrarios nacionales: Venustiano Carranza, Nicolás Ruíz y Chimalapas. Conflictos agrarios que prevalecen e incluso se han intensificado, a pesar de haber sido "oficialmente" resueltos⁷.

Después de quinientos años de historia capitalista, esta región es predominantemente mestiza. La lengua chiapaneca se ha extinguido aunque perdura en las toponimias de la región y en los apellidos, como ocurre en Suchiapa, mientras que el zoque continúa vigente en algunos poblados de la parte noreste de los Valles Centrales. Aunque la población mestiza de origen zoque ya no habla esta lengua, en su vida cotidiana se observan muchas de sus prácticas culturales, creencias y rituales. En la región también hay hablantes de tsotsil y tseltal, quienes desde la época colonial se concentran en la antigua provincia de Los Llanos (hoy Venustiano Carranza) y sus alrededores, así como en la zona de los Chimalapas y en la Selva El Ocote desde 1970, hacia donde siguen migrando en la actualidad zinacantecos y chamulas.

Cabe señalar que la región Centro es un polo de concentración de población. En ella viven 1,712,990 personas (24.5% de los habitantes de Chiapas), de las cuales 623,223 (36%) constituyen el universo de nuestro estudio (CONAPO, 2011). Tienen una posición de media, alta y muy alta marginación y se distribuyen irregularmente entre los 22 municipios de la región (cuadro 1). Al contrario de lo que podría esperarse, en Tuxtla se concentra solamente el 1.8% del total de la población marginal de la región, mientras que el promedio de esa población en los 21 municipios restantes es de 4.6%. Con estos datos se ve claramente que la población marginal de esta zona es rural fundamentalmente, igual que en el resto del estado.

⁷ Los focos rojos agrarios son conflictos que tienen más de 20 o 30 años de fricción, donde se han suscitado hechos de violencia con muertes y han agotado toda instancia jurídica sin obtener resolución (véase Reyes, 2004).

En toda la región la población ha estado sometida a un proceso de transformación ocupacional que se manifiesta en una significativa disminución de la población

económicamente activa ocupada en el sector primario (agricultura y ganadería), así como en el incremento de la ocupada en el sector terciario (servicios y comercio) que se concentra en Tuxtla y sus alrededores (71%, INEGI, 2011), sin que por ello la población marginal campesina deje de existir y reproducirse, y en cambio sí se haya acentuado su estratificación social y económica, que como efecto de la polarización capitalista se expresa en los altos niveles de pobreza y marginación social, así como en la precarización del trabajo y de la vida campesina en general.

Cuadro 1. Localidades y población de la región Centro según grado de marginación

Municipios	Grado de marginación	2005				2010			
		Loc	%	Pob	%	Loc	%	Pob	%
Tuxtla Gutiérrez	Medio a muy alto	21	1.47	8,438	0.55	34	2.20	11,187	0.65
	Muy bajo a bajo	7	0.49	494,464	32.10	5	0.32	541,791	31.63
21 municipios restantes	Medio a muy alto	1,364	95.32	528,589	34.32	1,465	94.88	612,036	35.73
	Muy bajo a bajo	39	2.73	508,861	33.04	40	2.59	547,976	31.99
Total de la región Centro		1,431	100.00	1,540,352	100.00	1,544	100.00	1,712,990	100.00

Fuente: Catálogo de localidades de la SEDESOL con información de CONAPO, 2005 y 2011.

La polarización también se expresa en el hecho de que sólo seis de los 22 municipios que conforman la región Centro generan el 95% del producto interno bruto, entre ellos Tuxtla Gutiérrez, Chiapa de Corzo, Berriozábal y Ocozocoautla, los cuales se encuentran unidos geográficamente. Esta área puede considerarse como la más fuerte económicamente dentro de la región, al mismo tiempo que presenta un alto índice de marginalidad urbana que se localiza principalmente en Tuxtla.

El objetivo de este diagnóstico es analizar los efectos de la crisis global en la situación, condición y participación de las mujeres margina-

les y rurales de la región Centro. Para ello utilizamos 171 encuestas aplicadas a igual número de mujeres que son cabeza de familia y viven en 43 localidades de más de cien habitantes, de media, alta y muy alta marginación, y que formaron parte de la muestra estadísticamente representativa a nivel municipal del proyecto participativo "Incidencia de la Crisis Global en la Situación, Condición y Participación de las Mujeres Marginales de Chiapas". También nos apoyamos en el análisis bibliográfico y estadístico, así como en algunas entrevistas que hicimos sobre la región.

3. Apunte histórico

3.1. La Depresión Central de Chiapas en la época prehispánica

La Depresión Central del estado de Chiapas, y particularmente el occidente del municipio de Ocozocoautla, tiene una importancia histórica en el origen de la civilización mesoamericana. Su estudio ha permitido comprender las formas de subsistencia de las primeras poblaciones del sureste mexicano gracias a los elementos rupestres y cerámicos hallados en sitios como Santa Martha, La Encañada, Los Glifos y Piedra Parada, ubicados en zonas poco accesibles, como las paredes del cañón del río La Venta, y de las simas de Las Cotorras, del Mujú y del Tigre. Las pocas evidencias fechables han generado polémicas respecto al período en que la zona fue ocupada o frecuentada; sin embargo, autores como Strecker (2008) y Acosta (2011) coinciden en ubicar las primeras actividades humanas entre 2000 a 1600 a. C., en una etapa de transición del Precerámico a la época Cerámica, sobre la que hay evidencias de su inicio hacia el Preclásico Temprano (1400 a. C.). Como ejemplo, los depósitos en cuevas como la de Santa Martha constituían una práctica ceremonial común

para el año 400 a. C., y sobre todo entre el 100 a. C y el 500 d. C. A lo largo de ese tiempo es posible que el área fuera empleada como lugar estacional de caza por grupos mixe-zoques, que entonces vivieron un auge regional en la Depresión Central, en centros como el Mirador y Chiapa de Corzo.

Se ha documentado que en la planicie costera de Chiapas, entre los años 1800 y 1000 a. C. florecieron los mokaya, el primer grupo de agricultores sedentarios de toda Mesoamérica y uno de los primeros en utilizar objetos de barro cocido, así como en establecer rutas de comercio y de intercambio de saberes y creencias, particularmente hacia el Golfo de México y Guatemala (Viqueira: 2002). Desarrollaron una organización social compleja de cacicazgos a base de centros político-religiosos de los que dependían los poblados más pequeños de los alrededores (Ekholm, 1998: 63). Siglos más tarde dieron origen a los zoques, que florecieron en las márgenes del río Grande y que durante el Preclásico y la primera etapa del periodo Clásico ocuparon una vasta extensión de Chiapas (Soconusco, Valles Centrales y la Sierra Norte del municipio de Pantepec) y parte de Oaxaca (Istmo de Tehuantepec, Chimalapas). No llegaron a constituir una entidad política unificada (Lisbona, 2006), pero sí se pueden distinguir tres regiones geográficas y culturales que existían a la llegada de los españoles, una de las cuales se extendía hacia la Depresión Central en donde se encontraban los pueblos de Copainalá, Tecpatán y Quechula (Villa Rojas, 1975).

A la llegada de los españoles a América, los zoques ocupaban el territorio comprendido desde el río Grande, abajo del cañón de la Angostura, hasta el océano Pacífico, y desde allí cruzaban el Istmo al oeste y norte, hasta el golfo de México. Estos hechos históricos se han asociado a las ventajas que para la vida sedentaria ofrecían la disponibilidad de agua, la vegetación y la fertilidad de la tierra en las márgenes del río, al ser, junto con el Soconusco, los suelos más fértiles del estado (Toledo, 1998).

Los estudios realizados en este espacio geográfico y cultural han dado pautas para el establecimiento de un origen histórico y de características particulares que diferencian a los grupos zoques de los pueblos chiapanecas y los mayenses, entre ellas la zona y forma de asentamiento, sus raíces étnicas, así como el hecho de que no se hayan encontrado trabajos líticos comparables a los hallados en las áreas mayas y olmecas circundantes. Por esto último, la grandeza de los zoques se ve opacada y su historia desconocida e imprecisa. A ello se suma el hecho de que, desde la década de los sesenta, alrededor de 30,000 hectáreas del territorio zoque en la Depresión Central fueron inundadas debido a la construcción de la presa hidroeléctrica Malpaso, dejando bajo sus aguas más de cien sitios arqueológicos que se caracterizaban por la presencia de plataformas largas y basamentos piramidales que probablemente sostenían edificios elaborados con materiales perecederos. Se trata de un área en donde precisamente los estudiosos argumentan que los grupos de Oaxaca, del centro de México y los mayas del sur tenían un intenso tráfico comercial y de ideas (Lowe, 2006).

De Vos (2001) señala que poco antes de la era cristiana, a orillas del río Grande, los zoques construyeron una ciudad que llegó a ser el centro comercial y político más importante de la región y que alcanzó su mayor esplendor durante la etapa tardía del Preclásico (entre los años 300 a. C y 300 d. C.); dominaban el uso del calendario y la escritura, incluso 500 años antes que los mayas la usaran en los monumentos que construyeron en la Selva Lacandona y el Petén, con evidencias de haber desarrollado un sello propio en sus obras de arte y actividades ceremoniales (Fernández, 2000).

Estudiosos señalan que el territorio zoque era constantemente invadido por grupos como los mexicas y los chiapanecas, y está documentado que a la llegada de los españoles se encontraban divididos en pequeños cacicazgos, de los cuales unos tributaban a los mexicas esta-

blecidos en Zimatán (Tabasco), otros a los chiapanecas y sólo algunos eran independientes. Entonces la economía del área de Chiapa y Xoconochco se basaba en la producción de maíz, frijol y chile, a la que seguía en importancia el cultivo de yuca, camote, aguacate, piña, mamey, zapote, calabaza, añil, grana y jitomate. Especial importancia tenía el cacao que se producía en la región sureste de Xoconochco y en el noroeste de Chiapa, cuya producción motivó la invasión de grupos nahuas procedentes del altiplano mexicano durante la última etapa del período Clásico (700 d. C.) y el Postclásico (900 a 1500 d. C.). Uno de los cambios regionales más notables tras esta invasión fue que comenzó a utilizarse el náhuatl como segunda lengua, ya que era el idioma de comunicación para la administración y el comercio (De Vos, 2001). Aún en la actualidad muchos lugares de Chiapas tienen asignados nombres de origen náhuatl.

A causa de estas invasiones el territorio zoque fue disminuyendo poco a poco en sus distintos puntos cardinales (Albores 1959). Acosta (2006) señala que las pocas evidencias fechables halladas en los sitios de La Venta y las Simas indican que la principales épocas de ocupación o frecuentación parecen ser el Clásico Tardío o el Posclásico Temprano. Considera que esto se debió a que, por sus condiciones abruptas, fue un área de refugio zoque en una época de crisis política y social derivada de las constantes invasiones que sobre su territorio llevaron a cabo los mexicas, quienes se apoderaron de toda la faja costera del Soconusco y del norte de Tabasco. Por otra parte, los chiapanecas ejercieron una fuerte presión hacia el sureste, incluso imponiéndoles el pago de tributo para liberar los caminos del área de Tehuantepec al comercio.

De Vos (2001) argumenta que durante este período los pueblos se caracterizaron por la construcción de murallas o fosos en sus centros ceremoniales y por la instalación de sus localidades en zonas de difícil acceso con el fin de defenderse de posibles invasiones. Asimismo, las

pirámides y los centros ceremoniales dejaron de tener el estilo, la perfección y los cuidados anteriores. Por ello, a su llegada a tierras chiapanecas los españoles encontraron diversos sitios fortificados, como Zimatán, Colpitán, Tecpatán, Quechula y Ocozocoautla en los Zoques, Comitán y Copanaguastla en los Llanos, y Chiapán en la comarca del mismo nombre.

Por su parte, los chiapanecas arribaron a la zona entre los años 500 o 600 d. C. y lograron imponer un fuerte control político, económico y cultural sobre los grupos que ya se encontraban ahí (Toledo, 1998); se apoderaron de la antigua ciudad zoque de la cuenca del río Grande, la cual, según indicios, fue nombrada Chapa Nandauimé (hoy Chiapa de Corzo). En este enclave instauraron su centro de poder, además de que contaban con importantes asentamientos en Suchiapa, Acalá, Chiapilla, Ixtapa, Ostuta y Pochutla, al margen de los cuales, y para un mejor control del tributo, obligaban a vivir a los pueblos sometidos, lo que generó grandes cambios en la dinámica regional. La historia indica que, a la llegada de los españoles, el señorío de los chiapanecas era el más poblado y su cacicazgo era el más poderoso y mejor organizado del sureste mexicano, aunque solamente dominaban el área cercana (De Vos, 2001). Entonces, constantemente daban guerra al pueblo tsotsil de Zinacantán en Los Altos y a los zoques y tseltales, sobre los cuales sostenían un fuerte control político, económico y militar. Además, como ya señalamos, continuamente asaltaban a los mercaderes que comerciaban de una provincia a otra en el área de Tehuantepec (Cáceres, 1958).

3.2. Secuelas del período colonial en las poblaciones indígenas de la Depresión Central de Chiapas

En 1523 los españoles llegaron a Chiapas y en dos décadas de expediciones sometieron a la población de los valles centrales y de las tierras altas, mientras se enfrentaron a la inquebrantable resistencia de los

pueblos que vivían en la Selva Lacandona, refugio natural para quienes decidieron no sojuzgarse al dominio colonial (Lenkersdorf, 1995). Los chiapanecas, entonces el grupo más organizado y poderoso del sureste mexicano, fueron derrotados por Luis Marín en 1524, aunque fue cuatro años después cuando sucumbieron al dominio español, esta vez vencidos por Diego de Mazariegos, a quien de inmediato se sometieron los zoques y otros señoríos (Cáceres, 1958). Posteriormente Diego de Mazariegos fundó la Villa Real de Chiapa en el mismo Nandauimé y tiempo después la Villa de San Cristóbal en el valle de Jovel, aunque fue hasta la llegada de los frailes dominicos en 1545 cuando se inicia la reestructuración sociopolítica y administrativa de las comunidades prehispánicas, al reducir parajes dispersos a poblados concentrados al estilo español (De Vos, 2008)⁸.

8 Hasta 1786, Chiapas se encontraba dividido en dos provincias: la Alcaldía Mayor de Chiapa y la gobernación del Soconusco. No obstante, siempre hubo un vaivén de gente y productos entre las dos, con la peculiaridad de que en Soconusco el crecimiento de la población mestiza fue más rápido y agresivo (De Vos, 2008).

9. Entonces comprendía las provincias de Chiapa de los Indios, Acala, Ostuta, Chiapilla, Suchiapa y Pochutla, hoy municipios de Chiapa de Corzo, así como Chiapilla, Suchiapa, Villacorzo, Villaflora y el extremo occidental de Venustiano Carranza; los pueblos de Ostuta y Pochutla desaparecieron durante la Colonia.

La forma de explotación de los indígenas y de las tierras en la Alcaldía Mayor de Chiapas⁹, que entonces abarcaba más o menos la mitad del actual estado de Chiapas, se vio determinada por la ausencia de metales preciosos y su lejanía de las principales rutas comerciales, que hicieron de ella un lugar poco atractivo para los españoles que buscaban enriquecerse rápidamente (Viqueira, 1995a). Un aspecto inicial de la disputa por las tierras y por los pueblos conquistados se presentó en el establecimiento de las encomiendas y en el reparto de los indios, para lo cual se establecieron normas jurídicas que justificaron las desigualdades en beneficio de los dominadores y legitimaron la explotación servil de la mano de obra indígena de Chiapas, que fue hasta principios del siglo XIX una provincia de la Audiencia de Guatemala (Olivera, 2001).

Con el paso del tiempo, la economía en la provincia de Chiapa tendió a polarizarse alrededor de tres gran-

des centros comerciales: Ciudad Real o Chiapa de los Españoles y Chiapa de los Indios, en la Alcaldía Mayor de Chiapa, y Huehuetán en la gobernación del Soconusco. Alrededor de éstos y otros que al paso fundaron, se reconfiguró la dinámica social y territorial de los pueblos nativos, que, para una mejor recaudación del tributo, disposición de su fuerza de trabajo y conversión al catolicismo, fueron concentrados en "pueblos de indios". Por primera vez se encontrarían articulados a un poder centralizado, fuertemente presionados a renunciar a su cultura y religión. En efecto, el gobierno colonial se organizó a partir del ayuntamiento o cabildo y de las parroquias del culto católico, y para ello los frailes organizaron los pueblos internamente en torno a un santo patrono que luego los indígenas mezclaron con sus creencias. Esto ocasionó que redujeran el control sobre sus territorios y facilitó la expansión de los colonizadores.

La agricultura de subsistencia se convirtió en la base productiva de la economía de los indios, a la vez que eran saqueados por medio del pago de tributos y del despojo de tierras. Asimismo, la explotación servil de su fuerza de trabajo se articuló a una economía de españoles y criollos basada en la producción agropecuaria en haciendas ganaderas y de cultivos comerciales como la grana, la caña, el algodón, el tabaco y, en menor escala, el trigo. De suma importancia para los encomenderos fue la exportación de cacao, azúcar, añil y algodón, mientras que la producción de tabaco no prosperó por las dificultades de su transporte. Con el sistema tributario español se legitimó la explotación de la mano de obra indígena, en la cual descansaba el apogeo de las fincas y haciendas, lo que perduraría durante los siglos XVIII y XIX y contribuiría de manera importante a configurar la región Centro, a la postre bajo los nombres de peones acasillados, baldíos y trabajadores agrícolas.

Ortíz (2008) señala que el Camino Real de Chiapa fue importante para sostener la dinámica económica de la provincia. Éste pasaba por

las zonas más ricas de la Alcaldía y por los asentamientos más poblados, al margen de los cuales los indios fueron obligados a habitar con el propósito de servir como cargadores o tamemes para el transporte de las mercancías en las tierras húmedas y calientes de la Depresión Central. Las condiciones climáticas, la sobreexplotación, las plagas y la propagación de enfermedades provocarían un drástico descenso de la población indígena en esta zona. En efecto, si bien Ciudad Real era el centro político, económico y administrativo de la provincia, Chiapa de los Indios logró mantenerse como el principal asentamiento del área chiapaneca y, de hecho, se convirtió en el centro comercial más importante de la Alcaldía Mayor de Chiapas, gestándose desde entonces sus características particulares como región. Los dominicos encontraron en la fertilidad de las vegas del río Grande importantes riquezas de las que gozarían durante los siglos XVI y XVII, con una producción abundante de granos, legumbres y frutas, y una gran variedad de verduras, como cebolla, berenjena, col, rábano, camote y aguacate. En los ríos se encontraba abundancia de peces y en los bosques se cazaban venados, jabalíes, iguanas, palomas, tórtolas y codornices. Además, se criaban cerdos y gallinas y se producía miel.

Desde el siglo XVI, gran parte de las tierras de la Depresión Central fueron utilizadas para la ganadería extensiva (vacas, mulas, caballos y ovejas). De acuerdo con Montoya (1989), con el pretexto de proteger a los indios, los frailes dominicos se apropiaron de su trabajo de servicio y de las mejores tierras de la región, con lo que nacieron así las grandes haciendas que prevalecerían durante toda la Colonia. Fueron ellos quienes introdujeron importantes innovaciones en las actividades agropecuarias, tales como la rotación de cultivos, el uso de abono animal, el arado y la azada, las cuales dieron un impulso a la actividad agrícola y a la ganadería bovina, cuyo cuero se constituyó en el primer producto de exportación. Las cofradías en Chiapas, ligadas a la producción hacendaria, comenzaron a proliferar a fines del siglo XVI y principios del XVII, de modo que llegaron a existir varias

en los pueblos importantes de indios, como Chiapa. Es así como a mediados del siglo XVI los dominicos fundaron la cofradía de Copanaguastla para evangelizar a los indígenas tseltales¹⁰, la cual llegó a tener una presencia importante en la zona a causa de la riqueza generada por la explotación de sus minerales, los cultivos de algodón y la ganadería.

La región de los Valles Centrales sufrió importantes cambios; geopolíticamente, la provincia zoque fue reorganizada y varios pueblos que durante la época prehispánica fueron muy importantes por su densidad demográfica y su riqueza material desaparecieron, se fragmentaron o se redujeron considerablemente, como Ostuta, Copanaguastla y Quechula. Copanaguastla fue uno de los tres pueblos más ricos de Chiapa hasta mediados del siglo XVII, cuando de forma irremediable se vio arruinada por una epidemia que derivó en el traslado de los sobrevivientes a Socoltenango. Este hecho y otros que le antecedieron, como la caída de un rayo que incendió la techumbre de la iglesia en 1564, fueron atribuidos a los pecados y la idolatría de sus moradores, que escondían dioses prehispánicos tras el altar principal de la iglesia, y al adulterio que llevaba a las mujeres a ahogar a sus hijos para no ser juzgadas. Tras Copanaguastla disminuyeron e incluso desaparecieron otros pueblos de los valles, como Coapa, Tecoluta, Chalchitán, Ystapilla, Citalá, Sacualpa, Coneta, Aquespala, Santa Lucía, Huitatlán, Pinula, Ostuta, Pochutla y Comalapa (Ruz, 1985). También desaparecieron Santa Magdalena de la Pita y San Pedro, mientras que Jiquipilas, Cintalapa y Tacaozintepeque estuvieron a punto de desmoronarse (Ruz, 1995).

Renard (1998) señala que, debido a esta desgracia, en 1655 la Corona española empezó a medir y a vender las tierras de Ostuta, lo que favoreció a los españoles sobre los tsotsiles de San Bartolomé y los tseltales de

10 A la llegada de los españoles Copanaguastla era una de las "cabeceras de provincia", en parte gracias a su posición estratégica, al encontrarse en tierra caliente y por tratarse de un lugar de paso de mercancías y gente, al menos desde el siglo IX.

Teopisca que se interesaron en ellas. Los indígenas compraron parte de esas tierras y se enfrentaron desde un inicio a los terratenientes y ganaderos circundantes, que buscaban despojarlos de ellas para ampliar sus haciendas. Speed (2006) documenta el caso de los tseltales de Teopisca y da cuenta de la resistencia y las diligencias que debieron llevar a cabo para que sus tierras no les fueran arrebatadas, hasta que lograron no sólo que les fuesen devueltas, sino incluso comprar a los terratenientes las haciendas de San Diego y San Lázaro en 1734.

Es así como veinticinco familias fundaron la comunidad de San Diego (hoy Bienes Comunes de Nicolás Ruiz), cuya extensa superficie de tierra iba desde Acala en el oeste, hasta San Bartolomé en el este, al sur hasta Teopisca y hasta Amatenango en el norte. Sin embargo, la expedición de los "títulos primordiales" por la Corona española no fue un impedimento para que los terratenientes fueran arrebatándoles sus tierras en el transcurso de los siglos XVIII y XIX, como veremos más adelante.

San Bartolomé de Los Llanos fue otro importante centro regional fundado por los dominicos durante la Colonia, aunque nunca fue sede de un poder central de Chiapa, sino que dependió completamente de Ciudad Real. Fundado con población tsotsil hacia el año 1560, desde su origen observó un constante y significativo crecimiento de población indígena, que se sostuvo incluso cuando desaparecieron los pueblos de Ostuta y Copanaguastla a mediados del siglo XVII, por lo que entre 1720 y 1818 llegó a ser el pueblo de indios con mayor número de tributarios y habitantes de la provincia (Viqueira, 2009). Contaba con la peculiaridad de que, a diferencia de la segregación espacial de otros lugares, en su cabecera convivían españoles, criollos, mestizos e indígenas, aunque los primeros eran un grupo minoritario. En San Bartolomé de Los Llanos, si bien a lo largo del siglo XVIII ambos grupos poseían suficientes tierras de buena calidad, con el paso del tiempo los primeros se apoderaron de las mejores

tierras para establecer sus haciendas ganaderas y plantaciones de trigo y algodón, para dejar a los indígenas y mestizos pobres tierras salitrosas inútiles para la agricultura, sin disponibilidad de agua, o bien las tierras del Macizo Central que desciende de Los Altos a los Llanos, donde habitaban desde la época precolombina¹¹.

La importancia regional que fue adquiriendo San Bartolomé estaba basada en su producción agrícola y ganadera, cuya alta producción de maíz abastecía buena parte de lo requerido por Ciudad Real, así como en su ubicación geográfica, al ser un punto intermedio entre los Cuxtepeques (zona productora) y Ciudad Real (zona de consumo, distribución de productos y centro de poder). La prosperidad económica que alcanzaron los Cuxtepeques minó la débil articulación que San Bartolomé sostenía sobre los pueblos circundantes, los cuales terminaron por integrarse a la dinámica socioeconómica de los Cuxtepeques al finalizar la época colonial, a lo que también contribuyó el hambre y las epidemias que asolaron la población de 1769 a 1760. Viqueira (2009) considera que fueron precisamente su predominio indígena, el control político que esta población ejercía sobre el cabildo y la dispersión poblacional las causas que frustraron la posibilidad de que San Bartolomé, pueblo de indios, se erigiera en el principal centro demográfico y económico de Chiapas, función que recayó en la "coleta" Ciudad Real, consolidada como centro político desde mediados del siglo XVIII.

De acuerdo con Obara-Saeki (2010), hasta finales del siglo XVII Chiapa de los Indios era el asentamiento humano más poblado y más prospero de la Alcaldía Mayor de Chiapas. El predominio de población indígena (90% en el año 1748), su alta productividad agrícola y ganadera, así como su dinamismo comercial se vieron

11 A pesar de que San Bartolomé contaba con una mayor población que Ostuta, a finales del siglo XVI los segundos tuvieron el reconocimiento de la Corona sobre las tierras que incluso laboraban los primeros. Al desaparecer Ostuta, en 1767 los naturales de San Bartolomé solicitaron nuevamente esas tierras, al igual que los españoles, que terminaron por quedarse con las tierras de buena calidad para el cultivo de algodón, en tanto que los indios debieron conformarse con las tierras inútiles, sin disponibilidad de agua.

gravemente afectados por la sobreexplotación, la mortandad y la hambruna derivadas de las trágicas epidemias de viruela y sarampión, así como por las plagas de langostas que se sucedieron en la región entre los años 1748 y 1813. Al término de este trágico período la población hablante de lengua indígena se había reducido al 53%, y hacia finales del siglo XVIII prácticamente había desaparecido de la región (3.4% de la población total). Por el contrario, la población no india aumentaba cada vez más hasta acentuarse como dominante, en un proceso que el autor ha denominado ladinización sin mestizaje, es decir, producto de un descenso de la población y no de un proceso de aculturación¹².

Sometidos a la triple explotación de los funcionarios coloniales, los terratenientes y el clero, las comunidades indígenas se enfrentaron a lo largo de los siglos XVII y XVIII a un proceso ininterrumpido de destrucción de sus medios de subsistencia y a una brutal extracción de los excedentes producidos. Estos acontecimientos contribuyeron a la progresiva descapitalización de los pueblos indígenas, además de a un proceso de concentración de los medios de producción en manos de los hacendados y de las órdenes religiosas.

12 "Los historiadores creen que en Chiapas vivían unos 220 000 habitantes a la llegada de los españoles. Medio siglo después hubo solo 80 000. Los poblados más afectados fueron los de tierra caliente. Entre ellos los del soconusco y los del Valle del río Grijalva. Allí la población indígena ya no se repuso, a pesar del esfuerzo que hizo el gobierno español para reemplazar a los muertos con indígenas de las tierras templadas" (De Vos, 2001: 156).

A finales del período colonial, en 1778 el 82% de los habitantes de la provincia de Chiapas eran indios y los hablantes de español se concentraban en regiones poco pobladas en las que se habían instalado haciendas (La Frailesca, Jiquipilas y Cintalapa). Aunque el Chiapas ladino estaba separado del Chiapas indígena, los indígenas siempre constituyeron la mano de obra estacional necesaria para las haciendas y fincas de las regiones ladinas, por lo menos hasta 1970 (Viqueira, 2008). Al finalizar el período colonial, el grueso de la población indígena se concentró en Los Altos, mientras que en la Depresión Central sólo ocupó la parte montañosa que

colinda con esa región, de modo que San Bartolomé era la única población indígena de importancia numérica.

Es importante destacar que los pueblos originarios de la Depresión Central hicieron diversos esfuerzos por resistir tanto a la conquista militar, como a la religiosa. Se enfrentaron al abuso en la tasación de los tributos, a la sobreexplotación en las encomiendas, al cobro impío de impuestos por autoridades civiles y de los sacramentos por autoridades eclesiásticas, e incluso al encarecimiento de los alimentos que los españoles imponían en los períodos más críticos. Sin embargo, las diferencias entre las localidades y al interior de éstas frustraron las rebeliones, como las que los chiapanecas llevaron a cabo en 1532 y en 1693, por las que fueron violentamente reprimidos por miembros de la misma localidad y por los soldados de la fuerza real. En el caso de la rebelión de 1693, las mujeres, que tuvieron un papel activo, recibieron un castigo ejemplar: fueron guillotinas junto a sus familiares, exiliadas o vendidas a las haciendas de los dominicos (MacLeod, 1995).

Después de ello, los chiapanecas, sobre todo los nobles, se convirtieron en fieles aliados de los españoles, a quienes apoyaron para someter a los indios alzados en 1712 en Los Altos y a los indios insumisos de la Lacandonia. Algo similar sucedió con los tsotsiles de San Bartolomé, quienes no se sumaron al alzamiento de 1712 y en cambio sí aportaron dinero y caballos para la represión.

A pesar de que en esta zona pocos grupos autóctonos perduraron y de que gran cantidad de prácticas, creencias y rituales indígenas fueron exterminados (Ruz, 1985), muchos otros prevalecen entre la población mestiza desde entonces predominante en la Depresión Central (Toledo, 1998). Es el caso de las *cowiná* en Ocozocoautla. Entre los *zoques*, las *cofradías*, además de su función económica, tuvieron una función social en los *calpules* o *vintec*, que poseían a su interior varias *cowiná*, lo que permitía la identificación de la línea familiar

dentro de una aldea y a nivel urbano y regional. Los principales de Ocozocoautla se ocupaban fervientemente del mantenimiento de las cofradías por ser éstas un elemento que fortalecía su identidad. Estos principales mantuvieron los cargos religiosos y civiles hasta el siglo XVIII. Gracias a las cofradías los zoques resistieron la dominación colonial, pues, al mantener su cohesión social y la ayuda mutua en torno a los santos y vírgenes, reelaboraron su identidad (Aramoni, 1998).

En la región de Ocozocoautla, las cofradías lograron desarrollar una religiosidad popular a través de las festividades del carnaval y la peregrinación a Ocuilapa, dedicada a la Virgen de Asunción. Ambos ejemplos expresan la preservación de la tradición de los mayores y la identidad zoque que se ha configurado, mantenido y reforzado en tres niveles fundamentales: el familiar, el barrial y el del pueblo. La organización de las cofradías permitió una mayor articulación entre los pueblos zoques puesto que, aunque congregados en diferentes pueblos, las ligas familiares y rituales se manifestaban a través del culto y las celebraciones. Las cofradías también consolidaron el culto a los ancestros a través de las rogativas por las almas de los difuntos de los cofrades. Asimismo, confluyen en ellas las tradiciones del día de muertos y las misas para los difuntos.

3.3. Emergencia y consolidación de Tuxtla Gutiérrez como centro político-administrativo del estado

De acuerdo con Cuadriello (2008), en el siglo XIX la explotación de la población indígena se agudizó con la intensificación de la propiedad privada, el crecimiento de la servidumbre agraria y la introducción del capital foráneo a la dinámica productiva del estado, gracias a lo cual una nueva clase de terratenientes mestizos y criollos logró consolidarse a lo largo del siglo. Esto ocurrió en el marco de la transición

del Chiapas colonial al Chiapas independiente que se anexó a la República mexicana, lo que representó el cambio de un control religioso del Estado y sus funciones, a un control político, el cual cobró importancia con las reformas borbónicas que sentaron las bases del Estado liberal a finales del siglo XVIII. Entonces, las dos Alcaldías de Chiapas y el gobierno de Soconusco integraron la Intendencia de Chiapas, la cual se dividió en tres partidos: Ciudad Real, Tuxtla y Soconusco. Sin embargo, la distribución geográfica de los pueblos y las personas no era uniforme en todo el territorio. Por ejemplo, San Marcos Tuxtla se encontraba en el centro del obispado, mientras que la mayor parte de los pueblos se concentraba en Los Altos y en el norte del actual estado de Chiapas. Con excepción de Soyatitán y San Bartolomé, el centro de la Depresión Central permanecía durante el siglo XIX casi deshabitado y en lenta recuperación por el trágico descenso que había experimentado la población durante la Colonia.

Al formar parte de la nación mexicana desde 1824, los pueblos chiapanecos quedaron sujetos a las leyes de "desamortización de bienes", de modo que se enfrentaron a un nuevo proceso de despojo y sometimiento que se vio reflejado en el incremento tanto de la denuncia de tierras baldías, como de la servidumbre por deudas, con matices regionales a lo largo del siglo. En 1826 se estableció una política económica que, bajo el argumento de fomentar el desarrollo de la agricultura, se propuso reducir a propiedad privada todos los terrenos baldíos y los de la iglesia, a excepción de las tierras de ejido y de uso común reconocidas desde la Colonia. A mediados del siglo, el avance de la pequeña propiedad ya era evidente frente a la expansión territorial de los grandes terratenientes.

Todavía entre 1852 y 1876 se implementó una política de desamortización de las tierras comunales de México que, aunque estuvo dirigida a la expropiación de las tierras de la iglesia y de las comunidades religiosas que habían acaparado la tierra, tuvo graves consecuencias

para los indígenas de la entidad porque perdieron sus tierras y ciertas libertades locales que poseían. Al respecto, Speed (2006) señala que, a pesar de que contaban con documentos virreinales que acreditaban su propiedad, en 1856 la comunidad de San Diego fue reducida a cien hectáreas, es decir, que el 95% de sus tierras fue acaparado por los caciques ganaderos, quienes denunciaron y titularon estos terrenos mediante el engaño y el fraude, y obligaron a sus pobladores a cambiar su lugar de asentamiento. Los comuneros recuperaron parte de sus tierras y desde entonces la lucha por la recuperación de las restantes ha sido el tema central en sus reivindicaciones políticas, las cuales cobraron un nuevo sentido en 1868, cuando el pueblo se convirtió en el ayuntamiento de San Diego Reforma.

Estos cambios ocurrieron en un período de expansión capitalista nacional e internacional, expansión que en Chiapas fue impulsada por los gobiernos progresistas que se sucedieron entre 1891 y 1911¹³. Inició así una etapa de modernización que se propuso eliminar los obstáculos políticos y sociales para dar soporte a la agricultura comercial. Para ello, por un lado se veía en la propiedad social un impedimento, mientras que la pequeña propiedad privada se consideraba el medio adecuado para la emergencia de una nueva clase agraria que estimularía el desarrollo de la agricultura capitalista en las fincas. Entre 1873 y 1912, las leyes promovieron la división de la propiedad social y su adjudicación en propiedad privada a los usufructuarios originales, con lo cual disminuyeron las comunidades en Chiapas.

Al mismo tiempo, se vivió un proceso de reacomodo de la élite de Los Altos frente a la emergencia de la clase empresarial de criollos y mestizos terratenientes y comerciantes de la Depresión Central, que basaba su riqueza en la producción de las haciendas ganaderas y maiceras, lo cual, desde luego, intentaron frenar. Una importante manifestación de este conflicto de intereses fue la disputa entre liberales y

13 Emilio Rabasa (1891-1894), Francisco León (1895-1899), Francisco Pimentel (1809-1906) y Ramón Rabasa (1906-1911).

conservadores por el control del poder estatal hasta su final establecimiento en Tuxtla Gutiérrez¹⁴, lo que afianzó la intención política de crear mecanismos para atraer a los indígenas, de forma permanente o estacional, desde Los Altos hacia las haciendas de la Depresión Central, sin depender de los intermediarios coletos, lo que desató una guerra civil entre ambas facciones (Viqueira, 2009: 28). En el caso del pueblo de Chiapa, Ortiz (2010) argumenta, que ante el drástico descenso en el número de sus habitantes, la lenta recuperación de la población durante el siglo XIX influyó para que fuera escasa la presión sobre la tierra de los campesinos comuneros que allí habitaban, lo que dio como resultado que, hacia la segunda mitad de ese siglo, las fincas y ranchos de Chiapa crecieran a costa de los terrenos baldíos y nacionales y no a expensas de las tierras de ejido.

Muy pocos fueron los campesinos comuneros que vendieron sus tierras y se vieron forzados a incorporarse al trabajo en las fincas, lo que explica que los conflictos por la tierra que se dieron entonces entre comuneros y finqueros fueran escasos. En vísperas de la Revolución mexicana, las condiciones de vida de buena parte de los antiguos comuneros de Chiapa no se modificaron súbitamente, por lo que no tuvieron motivos importantes para movilizarse y sumarse al levantamiento armado, como el del zapatista Cal y Mayor en el noreste del estado, ni para hacer suya la defensa del Plan de Ayala.

En 1824 al pueblo de San Bartolomé se le reconocieron las tierras compradas a la Corona española y en 1852 se le otorgó el estatus de ciudad, al tiempo que se llevó a cabo la desamortización de sus tierras de bienes comunales. En este período San Bartolomé llegó a pro-

14 Viqueira (2009) hace una cronología de los vaivenes de este proceso. Menciona que en 1832 se trasladó la capital a Tuxtla; en 1835, con el triunfo de los centralistas, la capital se instaló nuevamente en San Cristóbal y, cuando el grupo liberal regresó al poder en 1856 encabezado por Ángel Albino Corzo, la capital fue trasladada a Chiapa de Corzo, y posteriormente a Tuxtla en enero de 1858. En 1861 los propios liberales decidieron trasladarla nuevamente a San Cristóbal, regresó a Tuxtla en 1864 y posteriormente se instaló en Chiapa en 1867, donde permaneció hasta 1872, año en que retornó a San Cristóbal con el alegato de que se necesitaba la presencia de los poderes en Los Altos para desalentar las posibles rebeliones indígenas. Finalmente, el conflicto fue resuelto por el gobierno porfirista de Emilio Rabasa, en 1892, quien transfirió definitivamente los poderes a la ciudad de Tuxtla Gutiérrez.

ducir la suficiente variedad de productos agropecuarios como para satisfacer la demanda de su población y desarrolló actividades secundarias para comercializar con Los Altos. A principios de siglo, San Bartolomé propiamente no tenía relaciones con San Marcos Tuxtla porque sus comunicaciones eran más fáciles hacia San Cristóbal, y también hacia la ribera sur del Grijalva (Cuxtepeques) y Los Altos. Sin embargo, su área de influencia se redujo con el reconocimiento en 1849 de Cuxtepeques como municipio de La Concordia, lo que coincidió con una serie de epidemias que redujeron considerablemente la población y con las invasiones que desde 1848 hicieron muchos finqueros ladinos sobre las mejores tierras de los indígenas para establecer ranchos y fincas ganaderas, sin que por ello San Bartolomé perdiera su importancia como centro comercial.

En cambio, el traslado del poder de Los Altos a Tuxtla sí tuvo un gran impacto ya que, al orientarse el comercio de La Concordia hacia la capital, San Bartolomé fue perdiendo paulatinamente importancia, mientras que Tuxtla ya se estaba gestando, desde finales del siglo, como un centro regional debido a su cercanía con varios centros de importancia económica y por ser una escala obligada en el camino entre la Nueva España y Guatemala.

Sin embargo, el crecimiento económico y demográfico que sostuvo Tuxtla, desde su establecimiento definitivo como capital del estado, se debe a un importante programa de obras públicas ejecutado desde ese tiempo y que duró hasta los inicios de la Revolución. Mientras Tuxtla se consolidaba como centro político y económico del estado, a principios del siglo XX, San Cristóbal de Las Casas seguía viviendo del control que ejercía la clase económica y política sobre la mano de obra indígena a través de los ayuntamientos de Los Altos; incluso los terratenientes del Centro dependían de los enganchadores de San Cristóbal para acceder a la mano de obra necesaria para sus haciendas.

3.4. Auge y decadencia de las fincas

Jan Rus (2010) considera que el fenómeno trascendental en la historia social de Chiapas durante el siglo XX no fue la Revolución, sino el auge y la caída del régimen de fincas, así como la consecuente necesidad de dinamizar y controlar el flujo de mano de obra indígena para su explotación. El autor argumenta que hacia 1900 se dieron las facilidades para el establecimiento de las grandes plantaciones de café en propiedad de los extranjeros, particularmente en el Soconusco, Tuxtla, Mezcalapa y Palenque. Los Altos y Comitán quedaron (tsotsiles y tojolabales) como enclaves de reclutamiento de mano de obra prometida a los inversionistas extranjeros; es decir, que más que una disputa por el control político y la ubicación de la capital entre las facciones de Los Altos y del Centro, en realidad se trató de una lucha por el control sobre la mano de obra indígena entre los finqueros y hacendados cristobalenses y tuxtlecos¹⁵.

La rebelión de 1911 fue el último recurso de los hacendados, terratenientes y comerciantes de Los Altos para recuperar los poderes de la capital. Tomaron como pretexto la renuncia de Porfirio Díaz y la Revolución mexicana para alzarse en armas en contra del cacicazgo político de Emilio Rabasa y Víctor Manuel Castillo. Contaron con el apoyo de los chamulas gracias a la rebelión encabezada ese año por Jacinto Pérez "Pajarito", pues abarcó una amplia región del estado e incluso atrajo a su causa a los pobladores de Chiapa, hasta que finalmente cristobalenses y chamulas fueron derrotados por las tropas federales junto con el batallón de voluntarios "Hijos de Tuxtla" (Viqueira, 2009).

Por su parte, los caciques de los Valles Centrales reaccionaron en contra de la ley que daba fin al peonaje

15 Rus plantea que, debido a la acumulación de riqueza surgida de la sobreexplotación indígena, es posible afirmar que la modernización chiapaneca se hizo a costa de los indígenas, sin que éstos hayan accedido a sus beneficios debido al proceso de polarización-exclusión de la dinámica capitalista. No obstante, desde inicios del siglo XX la población indígena y campesina creció y se volvió más tradicional desde el punto de vista cultural, y más excluida y marginal económica y socialmente en relación con el país gracias a los ingresos obtenidos por el trabajo servil en las fincas.

acasillado, proclamada en 1914 por el gobernador carrancista Agustín Castro, que les afectaba tanto a ellos, como a los enganchadores y caciques de Los Altos ya que, además de liberar a los mozos, la ley proponía restituir las tierras a los pueblos despojados, como fue el caso de San Diego de La Reforma.

Durante el siglo XX en los Valles Centrales se produjo un importante florecimiento de haciendas ganaderas y de productos comerciales como café y caña. Apellidos como Orantes, Castellanos, Velasco, Pastrana, Coello o Pedrero cobraron relevancia en ese periodo y, bajo la autoadscripción de la familia chiapaneca, se afianzaron en el poder del estado. Por ello, la reforma agraria se implementó débilmente en Chiapas, lo que posibilitó la expansión significativa de la superficie agrícola y ganadera de carácter extensivo e intensivo, así como que la clase terrateniente estuviera en mejor posición para responder a las demandas internacionales de productos agrícolas y ganaderos durante ese siglo. Destacó la importante producción de azúcar, arroz, cacao, frutas tropicales y algodón, y se duplicó la producción de ganado vacuno y de maíz.

El incremento de la demanda de café de los países industrializados provocó que en Chiapas se moviera el centro de gravedad económica de los Valles Centrales al Soconusco; sin embargo, el incremento de las plantaciones cafetaleras aumentó la demanda de carne y de granos agrícolas con que se abastecía la región central. También, en el contexto de la segunda guerra mundial, los Estados Unidos dejaron de producir alimentos para la población de ese país, por lo que aumentó la demanda de carnes y lácteos en su mercado. Esta demanda fue cubierta por los ganaderos del norte del país, que exportaron reses y becerros en pie, lo que permitió a los ganaderos del sur cubrir el mercado local del centro del país (Renard, 1998). Estos hechos generaron en los finqueros de la región el interés de abrir nuevas tierras para la explotación ganadera y agrícola. En un primer momento esta expansión se hizo sobre tierras

productivas ya explotadas por campesinos, como las de Venustiano Carranza y, posteriormente, las de la zona selvática.

La actividad ganadera se vio favorecida por las políticas gubernamentales iniciadas desde el cardenismo, las cuales consideraban subsidios económicos y medidas políticas, como la generación de asociaciones ganaderas, el otorgamiento de concesiones para portar armas o la creación de la policía ganadera y las guardias blancas para aquellos ganaderos que contaran con más de cincuenta reces. A través de los certificados de inafectabilidad ganadera se favoreció la concentración de grandes extensiones de tierras, por la vía legal, para quienes se dedicaban a esta actividad. Otro elemento que favoreció la ganadería y que impactó en la región fue la construcción de la carretera Panamericana en 1947 y las diversas brechas que generó, pues facilitaron la comercialización de ganado e hicieron más accesibles las tierras de estas regiones a los arrendatarios chamulas, pero sobre todo a los zinacantecos, quienes proporcionaban a los finqueros un medio barato para desmontar y abrir más tierras a la ganadería, además de que no representaban una amenaza para los intereses de las fincas porque no eran solicitantes de tierras (Renard, 1998). Este éxito productivo de la ganadería y la expansión de fincas recrudecieron el baldía y el peonaje en la región.

En 1934 llegó a Chiapas Lázaro Cárdenas, quien se asombró al ver las relaciones de servidumbre agraria que aún perduraban en el estado. En ese mismo año se había generalizado la lucha agraria como respuesta de los campesinos para resistir a las invasiones de sus tierras por los ganaderos. "El movimiento agrarista se extendía a Cintalapa, Ocozocoautla, la Frailesca, el Alto Grijalva, Simojovel, Sabanilla y Bochil" (García León 1979: 79-82). En 1936 Efraín Gutiérrez fue impuesto por Cárdenas y durante su gobierno se repartió el mayor número de hectáreas, hecho que marcó la disminución de los habitantes en las fincas del estado al formarse los ejidos con la población de

peones acasillados, baldíos y trabajadores de las fincas. Sin embargo, el reparto agrario de la época cardenista no destruyó la estructura de tenencia de la tierra que predominaba en la entidad; el resultado de esta época fue "el cuadro de la actual estructura agraria chiapaneca que presenta rasgos muy diversos: desde los reductos de la hacienda porfiriana, la finca agro exportadora, los grandes ranchos ganaderos, la pequeña propiedad agrícola, los ejidos y las tierras comunales indígenas" (Muench, 1982: 67, citado en Renard, 1998: 73).

Guillermo Montoya (1989) señala que, desde 1950, en los Valles Centrales se promovió e intensificó el uso de agroquímicos y de semillas mejoradas, la introducción de superficie de riego y maquinaria agrícola, y el otorgamiento de créditos, lo cual se dio hasta finales de la década de los ochenta, cuando inició un período de crisis agrícola. Una característica de la región hasta entonces era el uso del arado por tracción con animales propios o rentados; sin embargo, de manera paulatina se fue incorporando el uso de agroquímicos para obtener más excedentes, lo que entonces se reflejó con el incremento de la producción de maíz, de tal modo que el estado alcanzó la autosuficiencia en la producción de dicho grano. Pero hacia la década de los ochenta la situación del campo decayó considerablemente con la introducción de una agricultura capitalista que inició un proceso de diferenciación social y económica, así como una proletarianización de la población ocupada en el sector primario.

Por otro lado, hacia 1934 por decreto oficial se cambió el nombre a San Bartolomé de los Llanos, que pasó a llamarse Venustiano Carranza, entonces bajo el dominio de los ladinos que controlaban el gobierno municipal. A inicios del siglo XX llegaron los Orantes, quienes pronto se convertirían en caciques de la región. A fines del los cincuenta, los comuneros comenzaron a perder sus terrenos de vega, que pasaron a manos de terratenientes, quienes desde los años cuarenta comenzaron a imponer su ley. Carmen Orantes y Augusto Castellanos estable-

cieron en la región un dominio caciquil basado en una mezcla de mecanismos coercitivos, cooptaciones, lealtades, carismas, relaciones de clientela, poderío económico e intermediarismo. Ambos ocuparon cargos oficiales, combinando así el poder formal con el informal. Estos hechos, aunados a las dotaciones ejidales no ejecutadas en su totalidad y a un alto crecimiento demográfico, configuraron una situación agraria sumamente tensa y conflictiva (Renard, 1998).

Los finqueros poseían las mejores tierras que dedicaban a la ganadería extensiva, mientras que los campesinos tenían sólo tierras marginales. En 1974 se deslindaron las tierras comunales de Venustiano Carranza y se restituyeron a la comunidad 42,000 hectáreas. Sin embargo, los ganaderos no entregaron voluntariamente las tierras a los campesinos, quienes sí comenzaron a tomarlas. También en esa época se fundó la Casa del Pueblo, que después se dividió y dio lugar a los grupos como la OCEZ Chiapas o la OCEZ Región Carranza. Estas divisiones, causadas por el poder caciquil, dificultaron la derrota de los caciques y propiciaron la represión a los campesinos. Actualmente la lucha por la total recuperación de sus tierras continúa, pero se siguen enfrentando a la represión gubernamental que ha ido en aumento: muertes, presos políticos y desaparecidos marcan esta historia de lucha.

La consolidación de Tuxtla Gutiérrez como centro comercial y político aceleró la pérdida de importancia de Venustiano Carranza como centro regional, lo que además se acentuó con la construcción de la presa hidroeléctrica de La Angostura, que desvinculó totalmente este pueblo de los Cuxtepeques. En efecto, como ya se dijo, durante los años setenta miles de hectáreas de las mejores tierras del estado fueron cubiertas por el agua para formar el embalse de presas. Numerosas comunidades fueron reubicadas y se vieron afectaron miles de propietarios y grandes extensiones de terreno; es decir, la base de la economía chiapaneca fue fracturada irremediablemente con la finalidad de generar energía eléctrica para la industria.

Virginia Molina (1976) considera que Venustiano Carranza no era un centro innovador en su área ya que el destino de sus campesinos (créditos, producción) se decidía desde Tuxtla Gutiérrez y la Ciudad de México, y afirma que esta población quedó al margen de las principales avenidas de intercambio cultural. Hacia la década de los setenta, la agricultura tenía un gran peso en el municipio, incluso la población urbana era campesina; sin embargo, los finqueros tenían las mejores tierras, las cuales destinaban a la ganadería extensiva, y los campesinos tenían las tierras marginales. Todavía existían algunas fincas que arrendaban tierras a trabajadores que vivían de forma permanente en ellas trabajando en la ganadería y la agricultura. La construcción de carreteras modernas orientadas hacia Tuxtla Gutiérrez, y la consolidación comercial y política de esta última ciudad, aceleraron la pérdida de la importancia de Venustiano Carranza como centro regional al cercenar a los Cuxtepeques de su *hinterland*.

El ingenio Pujilic, ubicado en esta zona y dedicado a la producción de azúcar es una de las empresas que se ha sostenido con el paso del tiempo. Su origen está en una familia residente en Tuxtla Gutiérrez, cuenta con sus propias tierras de cultivo (3,000 hectáreas) y arrienda otro tanto por períodos largos a los campesinos. En 1952 el ingenio se dedicaba fundamentalmente a la producción de alcohol y después de azúcar. Entonces empleaban jornaleros indígenas de Los Altos, los cuales migraban estacionalmente. Todavía hacia la década de los setenta había algunas propiedades donde las labores agrícolas las hacían arrendatarios de tierras; podía encontrarse a los baldíos acasillados y a temporeros asalariados que trabajaban como vaqueros o peones. En Venustiano Carranza un elevado número de familias tiene una economía orientada al autoabasto, mientras que, fuera de la ganadería, se han explotado menos los productos agrícolas de comercialización.

Producto de la forma que adquirió el reparto agrario en Chiapas, en el curso del siglo XX y a raíz de diferentes leyes federales de coloniza-

ción y ocupación de baldíos, se promovió la colonización de los Chimalapas. De acuerdo con Del Carpio (2007), este territorio se fue llenando de nacionaleros y ejidatarios, sobre todo durante las décadas de 1950 y 1960, cuando muchos obtuvieron sus tierras mediante compra a la nación. Al mismo tiempo, entre 1950 y 1970 la compañía Sánchez Monroy-Maderas del Sureste llegó a controlar alrededor de ciento cincuenta mil hectáreas, por lo que en la segunda mitad de 1960 inició una confrontación por la apropiación territorial de la zona que enfrentó a la empresa con los comuneros chimas. Hacia 1970, en la frontera entre Chiapas y Oaxaca se formaron localidades como Rodulfo Figueroa, Díaz Ordaz, Benito Juárez y Chocomatán, lo que obligó a la mayoría de los propietarios privados a abandonar la región.

El mismo autor señala que en 1973 llegaron a la zona los primeros desplazados por el conflicto religioso de Los Altos, mientras que hacia la década de los ochenta el gobierno de Chiapas fue particularmente activo en la fundación de ejidos en el área. Los límites de estos ejidos han permanecido indeterminados hasta hoy, lo que ocasionó un conflicto que se recrudeció en la década de los noventa con despojos, violación de mujeres, quema de chozas, asesinatos, persecuciones, encarcelamientos, desapariciones, secuestros y destrucción forestal. Por esta situación, en 1974 campesinos sin tierra originarios de Rincón Chamula buscaron acomodo en los NCPE¹⁶ General Rafael Cal y Mayor, Benito Juárez I y II y Díaz Ordaz. Cal y Mayor es la localidad de mayor tamaño de todas las que están en el área de conflicto y cuenta con los equipamientos mínimos para atender no solamente a los alrededor de mil habitantes del lugar, sino también a aquellos que habitan en las localidades cercanas como Canan, Nueva Jerusalén, Elsy Herrerías, Pilar Espinoza II y Sarabia.

En la actualidad Chimalapas es un área en disputa entre comuneros oaxaqueños y ejidatarios y propietarios chiapanecos. Se trata de un foco rojo agrario en el que

16 NCPE: nuevo centro de población ejidal.



la incertidumbre en la tenencia de la tierra genera un ambiente de inseguridad y violencia. El área en disputa abarca alrededor de 150,000 hectáreas e involucra a unas cuarenta localidades con una población aproximada de diez mil personas. Este conflicto ha sido la causa en múltiples ocasiones de tomas de carreteras, desalojos, tiroteos, enfrentamientos y negociaciones, actos que se recrudecieron a partir de la década de 1970, cuando se generalizó el reparto agrario en el área como una extensión del movimiento agrario iniciado en las regiones Selva y Altos (1976-1984).

A diferencia de las otras regiones de Chiapas, en la actualidad a nivel regional observamos un alto porcentaje de propiedades privadas respecto de las que son propiedad social (ejidos y comunidades). Asimismo, en el cuadro 2 puede observarse que la propiedad social se concentra en las Comunidades del Sur y en las Montañas Zoques, mientras la propiedad privada es mayor en la Depresión Central. Asimismo, se advierte que en esta última zona y en las Montañas Zoques la propiedad social es ejidal, mientras que en las Comunidades del Sur se localizan la mayor parte de las comunidades de la región.

Cuadro 2. Régimen de propiedad de las unidades de producción de la región Centro por zonas

Zonas, región y entidad	Superficie total		Régimen de tenencia (%)			%
	Total	%	Social	Privada	Otra	
Tuxtla Gutiérrez	12,828	2	42	58	0.41	100
Depresión Central	546,019	69	44	54	2	100
Montañas Zoques	168,267	21	78	22	0.25	100
Comunidades del Sur	69,502	9	73	27	0.05	100
Región Centro	796,616	100.00	54	45	2	100
Chiapas	3,972,673		60	39	1.15	100

Fuente: INEGI, 2007.

4. Regionalización

La diversidad climática, topográfica e hidrográfica, los procesos socioeconómicos y culturales, así como las alteraciones radicales a las que ha sido sometida la región Centro, han propiciado diversas propuestas de regionalización en las que, sin duda alguna, también han intervenido los intereses y criterios de quienes las han elaborado. Es por ello que la región Centro ha sido denominada de diferentes maneras en diversos estudios, según el enfoque disciplinario con el que se aborda: Cuenca del Grijalva (De la Peña, 1951), Valle del Rio Grijalva, Depresión Central o Valle Central (Karl Helbig, 1964), Valle del Grijalva y Meseta Central (Viqueira, 1995a o Mesochiapa (Burguete, 2002). Sin embargo, como señala Toledo (1998), es necesario advertir la necesidad de distinguir las regionalizaciones creadas por el Estado colonial o nacional para ejercer el poder y la administración pública, de aquellas trazadas desde la academia y, más aun, de las creadas y vividas por sus habitantes.

La muestra estadísticamente representativa a nivel municipal que sirvió de base a esta investigación se diseñó a partir de las nueve regio-

nes socioeconómicas en las que se organizó la entidad desde finales de los años ochenta. Una de ellas es la región I Centro, en la que se localiza el municipio de Tuxtla Gutiérrez, capital del estado y cabecera regional. De acuerdo con esta demarcación, hasta el año 2010 estaba conformada por 22 municipios: Acala, Berriozábal, Cintalapa, Coapilla, Copainalá, Chiapa de Corzo, Chiapilla, Chicoasén, Ixtapa, Jiquipilas, Ocoatepec, Ocozocoautla, Osumacinta, Nicolás Ruiz, San Fernando, San Lucas, Soyaló, Suchiapa, Tecpatán, Totolapa, Tuxtla Gutiérrez y Venustiano Carranza. En su conjunto abarcan una extensión territorial de 12,629 kilómetros cuadrados equivalente al 16.7% del territorio estatal, lo que la hace una de las regiones socioeconómicas más extensas del estado.

Desde su origen, esta regionalización tuvo el objetivo de crear nueve polos de desarrollo para descentralizar las funciones del estado; fundamentada en criterios económicos, esta regionalización consideró también los aspectos naturales, culturales y sociohistóricos de la entidad y se orientó al desarrollo del mercado interno por vía de la articulación de las principales ciudades existentes en esa época. Después de tres décadas, es claro que el Centro se convirtió en el principal polo de atracción del estado, y su crecimiento poblacional se debe fundamentalmente a la centralización de los desplazamientos de la población hacia la capital, Tuxtla Gutiérrez (seguida de Tapachula en el Soconusco y Comitán en la Fronteriza), proveniente sobre todo de las regiones Frailesca, Norte e Istmo-Costa, que sostienen una interrelación socioeconómica casi exclusiva con el Centro, en ocasiones sustituida por relaciones más estrechas hacia estados vecinos, como es el caso de la región Istmo-Costa con Oaxaca y de la Norte con Tabasco y Veracruz (Hernández et al, 2009).

Por su naturaleza, esta regionalización es poco propicia para entender las problemáticas sociales de los diferentes grupos que habitan el territorio estatal y, en el caso que nos ocupa, para comprender la inci-

dencia de la crisis global en las mujeres marginales y sus familias en la región Centro, debido a las significativas diferencias existentes en su interior. La propuesta de Viqueira de 1995 nos facilita comprender esa complejidad al diferenciar en la región Centro cuatro subregiones socioculturales: Valles del Grijalva, Meseta Central, Comunidades del Sur y Montañas Zoques¹⁷.

De hecho, la propuesta de Viqueira fue la base para la nueva regionalización oficializada en el año 2011. Entonces, siguiendo la misma idea de descentralizar la administración estatal, el estado fue reordenado territorialmente en quince regiones socioeconómicas¹⁸ con el propósito de otorgar reconocimiento institucional a los pueblos indígenas y a las culturas vivas de Chiapas. En ese mismo año se crearon tres nuevos municipios en la región, de los cuales Belisario Domínguez, Emiliano Zapata y Malpaso son producto de la remunicipalización de Cintalapa, Acala y Tecpatán, respectivamente¹⁹. En consecuencia, los 22 municipios que conformaban la región Centro se distribuyeron en cinco nuevas regiones: Metropolitana, Valles Zoques, Mezcalapa, Los Llanos y Los Bosques.

Viqueira señala que en el diseño de su propuesta han sido considerados los aspectos físicos de los espacios, la lengua utilizada por los grupos de población y los asentamientos poblacionales. También distingue los criterios administrativos, civiles y eclesiásticos, además de recoger las categorías de paisaje humano y espacio vivido creadas por las concepciones que ven a la región como una construcción social. Finalmente, considera que ninguno de los criterios y aspectos por sí solos puede

17 En 1995 Viqueira divide el estado de Chiapas en quince regiones basándose en criterios socioculturales: I Soconusco, II Costa (o El Despoblado), III Región Motozintla (o Mariscal), IV Sierra Madre de Chiapas, V Valle del Grijalva, VI Meseta Central, VI a Los Chimalapas (V y VI, ambas pertenecientes a la Depresión Central), VII Comunidades del Sur, VIII Terrazas de las Rosas, IX Llanuras de Comitán y Las Margaritas, X Montañas Zoques, XI Los Altos de Chiapas, XII La Selva Lacandona (XIIa Las Cañadas y XIIb Marqués de Comillas), XIII Llanura de Pichucalco y Reforma y XIV Llanuras de Palenque (Viqueira, 2002).

18 Esta regionalización toma en cuenta las cuencas naturales existentes en el territorio, así como las unidades territoriales básicas que posibilitan la comunicación y la unificación de los actores de las localidades existentes en cada una de ellas; también se toma en cuenta el sistema de infraestructura de transportes y comunicaciones, así como las características fisiográficas que determinan la productividad económica y el aprovechamiento de los recursos naturales (Comité Estatal de Información Estadística y Geográfica).

19 Un cuarto municipio creado, Parral, pertenece a la región Frailesca y antes era parte del municipio de Villa de Corzo.

servir para delimitar una región, sino que es más bien la combinación de todos ellos lo que posibilita su análisis integral.

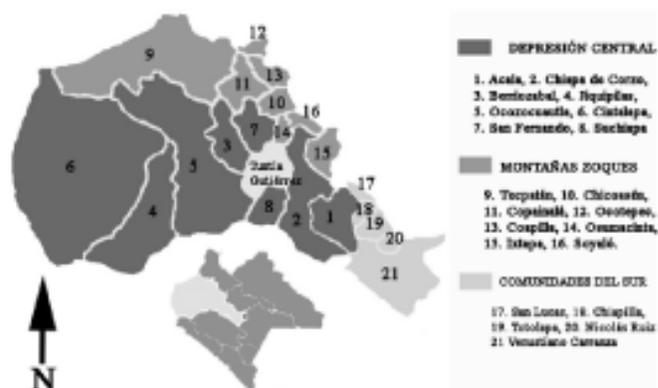
Es importante considerar lo anterior debido a las características particulares de los diferentes municipios que conforman la región Centro ya que, si la abordamos como una totalidad homogénea, corremos el riesgo de caer en generalidades y de hacer una interpretación engañosa de las diversas problemáticas que vive la población de cada una de las subregiones que la integran.

Sin embargo, para facilitar el análisis de nuestros datos, partiendo de la regionalización institucional y tomando en cuenta las particularidades del tema que nos ocupa, optamos por agrupar 21 de los 22 municipios que conforman la región Centro en tres zonas: La Depresión Central (juntando los municipios de la Meseta Central con los del Valle del Grijalva), Las Montañas Zoques y Las Comunidades del Sur. Consideramos que Tuxtla, capital del estado, al ser el polo de desarrollo más importante y el más diferente al resto de la región y del estado en su conjunto, merece un análisis especial que rebasa el objetivo de este trabajo. Por ello, aclaramos que en adelante, cuando nos referimos a la región Centro, en general incorporamos el municipio de Tuxtla Gutiérrez, pero cuando nos referimos al análisis específico de las zonas, Tuxtla no se incluye. A continuación describimos las características generales de cada zona.

Depresión Central: se ubica al centro-poniente del estado y es una zona definida por distintos valles (por lo que también es conocida como Valles Centrales), bordeada por la Sierra Madre de Chiapas, los linderos de la altiplanicie central, las montañas del norte y las montañas del oriente. Los suelos de los valles son de origen aluvial y profundos, es decir, ricos en nutrientes y buenos para el cultivo frente a las sierras y lomeríos que los bordean, donde los suelos son delgados, escasos y pedregosos debido a lo accidentado del relieve y a lo pro-

nunciado de las pendientes. Sin embargo, hacia la Sierra Madre se encuentran la reserva de La Sepultura y la selva de Chimalapas, y hacia las montañas del norte la reserva del Ocote. Entre la Depresión, el altiplano y las montañas del oriente hay numerosos cañones y formaciones subterráneas, dentro de los que sobresalen el Cañón de La Venta, el Cañón del Sumidero, la Sima de la Cotorra, las cascadas de El Chorreadero y El Aguacero que se han convertido en importantes atracciones turísticas.

Mapa 2. Tres zonas de estudio de la región Centro y sus municipios



Fuente: Elaboración propia.

De acuerdo con su fisiografía, conformada por un conjunto de planicies escalonadas, esta zona fue conocida como los valles de Jiquipilas y Cintalapa durante la época colonial²⁰. Actualmente esta zona, además de la capital Tuxtla Gutiérrez, está integrada por los municipios de Acala, Chiapa de Corzo, Berriozábal, Jiquipilas, Ocozocoautla, Cintalapa, San Fernando y Suchiapa. En ellos predomina la propiedad privada agrícola y la población mestiza, y existe un relativo menor grado de marginación y pobreza entre su población que en el resto de la región.

20 Los principales asentamientos urbanos eran Berriozábal, Ocozocoautla y Cintalapa (Viqueira, 1995).

Es una zona donde la ganadería bovina extensiva, la producción de leche y la agricultura comercial son altas respecto de las otras zonas. Hacia el oriente, en la frontera con Oaxaca, se ubican los Chimalapas, donde existe un fuerte conflicto agrario entre ganaderos de Cintalapa que han ocupado territorios que las comunidades Chimas²¹ reclaman como propios. Este conflicto se asocia a un problema de límites con el vecino estado de Oaxaca.

Aunque la población mestiza predomina en la Depresión Central, hay una significativa cantidad de indígenas que viven principalmente en las zonas de los Chimalapas y la selva El Ocote, en su mayoría tsotsiles originarios de Los Altos. Tradicionalmente los tsotsiles de Chamula y Zinacantán han migrado temporalmente a esta zona caliente, pero desde 1970 muchos se han asentado permanentemente. Otros, expulsados de sus comunidades por los conflictos religiosos, fueron reubicados en esa zona.

Comunidades del Sur: fisiográficamente esta zona es una prolongación de la Depresión Central hacia el sureste. En su geografía predominan las tierras planas y climáticamente se considera un territorio de transición hacia Los Altos de Chiapas. En esta zona se ubican los municipios de San Lucas, Chiapilla, Totolapa, Nicolás Ruiz y Venustiano Carranza. Este último, junto con el municipio de Villa Las Rosas (hasta el 2011 era parte de la región Altos) son los principales centros comerciales; sin embargo, ninguno de ellos funciona como polo de desarrollo porque, como hemos señalado, la dinámica socioeconómica se orientó hacia Tuxtla Gutiérrez desde que esta ciudad fue reconocida como capital del estado, y con mayor intensidad después de la construcción de la presa hidroeléctrica de la Angostura.

21 Se llama así a las comunidades oaxaqueñas asentadas históricamente en la parte occidental de los Chimalapas.

Los municipios de esta región antes sostenían una fuerte relación con el municipio de San Cristóbal de Las Casas, centro regional de Los Altos.

En la parte más alta de esta zona se encuentran pequeños asentamientos humanos creados desde hace unas décadas por indígenas migrantes de Los Altos, cuya actividad principal es la tala de bosques, la explotación maderera y una producción de maíz para la subsistencia. En las partes bajas de llanura, la altura y las características del suelo favorecen el cultivo comercial de maíz y de caña de azúcar. Aquí se localiza el ingenio Pujiltilic, con tierras propias y rentadas dedicadas al cultivo de la caña de azúcar. Se trata de un polo de desarrollo industrial en el que se emplean para la zafra migrantes temporales de Los Altos y de Oaxaca, mientras que la población de los alrededores renta sus tierras a la empresa.

A diferencia de la Depresión Central y de las Montañas Zoques, en esta zona las unidades de producción son en su mayoría comunidades, cuyo número predomina sobre el de ejidos y el de propiedades privadas. Como en todo el estado, la tierra es un recurso escaso y en disputa; sin embargo, aquí se encuentran dos centros de conflictos agrarios catalogados como focos rojos: Nicolás Ruiz y Venustiano Carranza. Los conflictos se dan por el continuo despojo de tierras que los ganaderos han hecho a los comuneros, aunque en la actualidad su complejidad rebasa esa dualidad. Hay una larga historia de represión del gobierno hacia los campesinos e indígenas, en una clara defensa del poder de los caciques.

Montañas Zoques: se encuentra en la parte occidental del Macizo Central. Recibe esta denominación porque a la llegada de los españoles estaba enteramente poblada por hablantes de esa lengua. El terreno está formado principalmente de sierras y sus tierras bajas son propicias para el cultivo del café y el cacao. Ubicamos dentro de esta zona los municipios de Tecpatán, Chicoasén, Copainalá, Coapilla, Ocotepéc, Osumacinta, Ixtapa y Soyaló.

Durante el siglo XVIII en esta zona existieron importantes haciendas ganaderas que propiciaron la aculturación de la población zoque. En

la actualidad, los habitantes son en su mayoría mestizos y, de hecho, la ganadería extensiva ha ocupado terreno frente a las demás actividades económicas, lo que ha redundado en la destrucción de las reservas forestales y ha acelerado la aculturación de sus habitantes originarios. Sin embargo, a mediados del siglo pasado la migración de indígenas tsotsiles en busca de trabajo y de tierras ha cobrado relevancia, lo que reconfiguró de manera significativa la población del lugar, de modo que actualmente tiende a asemejarse y a identificarse más con la zona de Los Altos (Viqueira, 2002) -los grupos indígenas predominantes son hablantes de lengua tsotsil y mantienen importantes intercambios con San Cristóbal de Las Casas y el resto de los municipios de Los Altos, como es el caso de Soyoló e Ixtapa-.

En esta área se encuentran las presas hidroeléctricas de Malpaso, Peñitas y Chicoasén. La construcción de dichas presas, además de la explosión del volcán Chichonal en 1982, cambiaron significativamente la dinámica económica, social y cultural de estas localidades, las cuales se vieron forzadas a migrar y a cambiar sus actividades productivas debido a que sus tierras de cultivo y pastizales quedaron sepultados bajo las cenizas o el agua.

El difícil acceso a los municipios que conforman esta área y la falta de vías de comunicación ha complicado la creación de un centro comercial común a toda la región (Viqueira, 2002); por esta razón dependen de los principales centros urbanos que se encuentran en la periferia del área, como Tapilula, Copainalá, San Fernando y Pichucalco. Hay que mencionar que en esta zona los movimientos indígenas y campesinos que se llevaron a cabo en la entidad en los siglos XIX y XX no tuvieron mucho impacto.

Cuadro 3. Municipios y localidades encuestadas con número de cédulas aplicadas por zonas de estudio

Zona	Municipio	Número	Localidad	Cédulas
Depresión Central	Berriozábal	1	Berlin	4
		2	La Caridad	4
		3	Nueva Esperanza	4
	Chiapa de Corzo	4	Aurora Buenavista	4
		5	El Mangulito (Platanar)	4
		6	El Palmar	4
		7	El Paraíso	4
		8	El retiro	4
		9	El Vergel	4
		10	General Emiliano Zapata Dos	4
		11	Paso Achioté	4
	Cintalapa	12	Cintalapa de Figueroa	4
		13	Las Merceditas	3
		14	Mérida	4
	Jiquipilas	15	Pomoso Castellanos	4
		16	El Triunfo	4
		17	Luis Espinosa	4
	Ocozocoautla	18	Nueva Francia	4
		19	Absalón Castellanos D.	4
		20	La Clínica	4
	San Fernando	21	Álvaro Obregón	4
		22	El Chininal	4
		23	La Pimienta	4
		24	Miguel Hidalgo	4
		25	Tzitzum	4
Suchiapa	26	La Palma	4	
Montañas Zoques	Coapilla	27	Coapilla	4
		28	San Gerónimo	4
	Ixtapa	29	Carlos A. Vidal	4
		30	El Zapotillo	4
		31	Francisco Romo Serrano	4
		32	El Roblón	4
		33	La Traya	4
		34	Multajo	4
	Ocoatepec	35	Ocoatepec	4
		36	San Andrés Carrizal	4
		37	San José las Lomas	4
	Copainalá	38	San Pedro	4
	Tecpactán	39	Emiliano Zapata	4
		40	La Libertad	4
41		San José Reforma	4	
42		Chiapilla	4	
Comunidades del Sur	Chiapilla	42	Chiapilla	4
	Venustiano Carranza	43	Soyatitán	4
		Total		171

Fuente: Encuesta CESMECA-UNICACH 2009.

SITUACIÓN, CONDICIÓN, PARTICIPACIÓN *mujeres marginales de chiapas*





5. Demografía y marginalización de la economía

La región Centro tiene un total de 1,712,990 personas, que representan un 24.5% de la población del estado. La mayoría se concentra en el municipio de Tuxtla Gutiérrez (47%). El 51% de la población regional está constituido por mujeres (INEGI, 2011). La tasa de crecimiento media anual de la población (TCMA) ha disminuido de 2.8% en el período de 1990-2000, a 2.3% en el período de 2000-2010, lo que indica cambios internos respecto a la evolución y la movilidad poblacional²². La densidad poblacional de la región es una de las más bajas del estado aunque es variable en su interior ya que, mientras Tuxtla Gutiérrez presenta una densidad poblacional de 1,631 habitantes por kilómetro cuadrado, municipios como Cintalapa y Jiquipilas tienen una densidad poblacional de 27 y 29, y Venustiano Carranza y Nicolás Ruiz de 45 y 121 habitantes por kilómetro cuadrado, respectivamente.

En la región solamente 25.9% de la población vive en localidades menores de 2,500 habitantes. Si se toma en cuenta el número de la población, podemos señalar

22 La TCMA es el incremento medio anual total de una población, considerados el número de nacimientos menos el de defunciones, más el de inmigrantes y menos el de emigrantes, durante un determinado período.

que esta región no es propiamente rural o que la marginalidad tiene una expresión diferente respecto a las regiones con mayor población rural e indígena. Sin embargo, los municipios de Osumacinta, Ixtapa y Tecpatán son básicamente rurales (100%, 75.2% y 72.4%, respectivamente).

Es muy importante observar que la población que vive en localidades menores de 2,500 habitantes pasó del 28.3% en el año 2000, al 25.9% en el 2010, lo que indica una fuerte movilidad poblacional hacia los centros urbanos.

5.1. La población indígena de la región Centro

La presencia actual de población indígena en la región Centro es muy reducida en comparación con otras regiones del estado, ya que solamente 84,393 personas mayores de tres años -que representan 7.7% de la población total- hablan una lengua indígena, frente al 92.3% que sólo habla español. El 60.9% de los que hablan una lengua indígena son tsotsiles, 22.5% zoques y 12.2% tseltales.

Los tsotsiles son habitantes históricos de Los Llanos y migrantes recientes en los Chimalapas y la selva El Ocote, mientras que los hablantes de zoque se concentran en las partes bajas de las Montañas del Norte. La proporción entre hombres y mujeres hablantes de una lengua indígena en la región es la misma que entre quienes no la hablan; sin embargo, entre las mujeres se presenta un porcentaje relativamente mayor de monolingüismo (5.45% en relación con el 3.57% de los hombres).

Cuadro 4. Población mayor de tres años hablante de lengua indígena en Chiapas y la Región Centro

Entidad y región	Sexo	Población de más de tres años	Condición de habla indígena			
			Habla (%)	No habla (%)	N/E (%)	Total
Chiapas	Total	4,421,922	27.34	72.30	0.36	100
	Hombres	2,163,063	13.51	72.03	0.36	100
	Mujeres	2,258,859	13.83	72.56	0.35	100
Región Centro	Total	1,095,485	7.70	91.96	0.34	100
	Hombres	533,397	3.88	91.67	0.36	100
	Mujeres	562,088	3.82	92.23	0.33	100

Fuente: Elaboración propia con base en INEGI, 2011.

En la región, los municipios con mayor presencia indígena son Ocoatepec (98%), Soyaló (30%), Venustiano Carranza (23%), Ixtapa (22%) y Tecpatán (20%). Cabe destacar que la lengua chiapaneca todavía se conserva en algunos apellidos y nombres de lugares. En este sentido, es interesante el caso de Nicolás Ruiz, donde existe un fuerte proceso de autoidentificación de su población como indígena, ligado a su lucha por recuperar su territorio aunque prácticamente ya no hablen la lengua tseltal (1%).

5.2. Educación

El nivel de educación en la región Centro es menos precario en comparación con otras regiones del estado. Si se exceptúa Tuxtla Gutiérrez, que tiene un promedio de 10.03 grados de escolarización, la región Centro tiene un promedio de 5.4 grados de estudio. A nivel estatal el porcentaje de población mayor de doce años que no sabe leer y escribir es del 16%, mientras que en la región Centro es del 11%. Al analizar esta información según la lengua materna, se observa que la proporción de personas analfabetas indígenas (27%) es semejante a la del estado (29%). Esta tendencia es similar a la que se observa entre la

población mestiza, que es del 10% en la región y del 12% en la entidad. Asimismo, si se analiza por sexo esta información, encontramos que las mujeres indígenas que no saben leer constituyen el doble que los hombres en términos generales. La proporción de analfabetas indígenas en la región es semejante a la del estado, como se puede ver en el cuadro 5.

Cuadro 5. Porcentaje de la población mayor de doce años que no sabe leer y escribir según lengua

Lugar	Habla lengua indígena	No sabe leer y escribir*			
		Total	Hombre (%)	mujer (%)	Total (%)
Chiapas	Total	562,927	37	63	100
	Si	262,064	35	65	100
	No	299,654	39	61	100
Región Centro	Total	93,725	39	61	100
	Si	17,435	40	60	100
	No	76,108	39	61	100

Fuente: Elaboración propia con base en INEGI, 2011.

*Se omiten datos no especificados.

Los municipios de la región con mayor cantidad de analfabetas en relación con su población son: Ocoatepec (34%), San Lucas y Totolapa (28% cada uno), así como Chiapilla (25%) y Venustiano Carranza (23%). La proporción de analfabetismo entre hombres y mujeres es relativamente menor en la región Centro respecto del estado y no se presentan diferencias entre indígenas y no indígenas. Sin embargo, a nivel municipal el mayor porcentaje de mujeres analfabetas en relación con la población femenina general lo tienen Ocoatepec (39.9%) y San Lucas (31.7%), seguidos de Totolapa (28%) y Venustiano Carranza (25.8%).

5.3. Viviendas y servicios

Hacia el año 2010 86.5% de las viviendas de la región disponía de agua entubada (no precisamente potable), frente a un 13.2% que no contaba con este servicio, sobre todo en los municipios de Berriozábal (36%), Jiquipilas (21.4%) y Ocozocoautla (17.3%). El 94.8% de las viviendas particulares habitadas cuentan con drenaje, siendo Ocoatepec y Venustiano Carranzalos los municipios que tienen una carencia mayor de este servicio. La cobertura de energía eléctrica es casi total en la región, puesto que 97.7% dispone de este servicio; los municipios de Berriozábal y Tecpatán son los que cuentan con una cobertura menor de electricidad, con un 10.4% y un 7.5% respectivamente.

5.4. Población económicamente activa

En la región Centro, el porcentaje de personas mayores de doce años económicamente activas es de un 52%, y se concentra en Tuxtla Gutiérrez; de este total, 30% son mujeres. Comparando estas cifras con las correspondientes a Chiapas, se observa que en la región Centro la población económicamente activa es cuatro puntos más alta y las mujeres superan en ocho puntos a la estatal (cuadro 6). Ello demuestra que la región es un polo de atracción laboral y que las mujeres están más integradas económicamente que en las otras regiones del estado, a través de su trabajo, fundamentalmente en los servicios, en la ciudad de Tuxtla Gutiérrez. Sin embargo, 69% de las mujeres de la región se dedica fundamentalmente al trabajo de cuidado (72.8%). El trabajo de este importante porcentaje de mujeres está injustamente catalogado como no productivo por no producir mercancías, sino servicios reproductivos. El resto de las mujeres son estudiantes (23.5%), jubiladas (1.7%) o padecen una limitación física o mental (2%) que les impide desarrollar una actividad económica.

Cuadro 6. Condición de actividad económica de la población mayor de doce años en Chiapas y la región Centro, según sexo

Lugar	Sexo	Población de doce años y más	Condición de actividad económica (%)			
			Activa	Inactiva	N/E	Total
Chiapas	Total	3,424,551	48	51	1	100
	Hombres	1,658,600	76	23	1	100
	Mujeres	1,765,951	22	78	2	100
Región Centro	Total	882,025	52	47	1	100
	Hombres	424,857	76	23	1	100
	Mujeres	457,168	30	69	1	100

FFuente: Elaboración propia con base en INEGI, 2011.

Los porcentajes tan opuestos entre hombres y mujeres nos ofrecen una idea de la marcada división sexual del trabajo, que sigue el modelo tradicional en esta región, predominantemente mestiza, así como de las escasas oportunidades laborales que tienen las mujeres.

Por otro lado, estas cifras reflejan las limitantes que los indicadores estadísticos tienen para medir el trabajo de las mujeres ya que, además de no considerar las labores domésticas como trabajo, muchas de ellas, como veremos adelante, trabajan por un ingreso en actividades informales. La invisibilización del trabajo de las mujeres y su consecuente desvalorización son un reflejo de la discriminación de género hacia las mujeres.

5.5. Marginalización y tercerización de la economía

Al concentrar buena parte de la población chiapaneca y ser sede de la capital del estado, puede señalarse que la región Centro es donde el proceso de tercerización de la economía se lleva a cabo con mayor intensidad. Los datos del INEGI (1991, 2001 y 2011) indican un descenso importante de la población ocupada en el sector primario directamente proporcional al crecimiento del sector terciario y de servi-

cios, con la particularidad de que este último se concentra en Tuxtla Gutiérrez, y el sector agrícola y ganadero se dispersa en los demás municipios de la región.

En este sentido, del total de la población ocupada en la región en 1990, 36.1% realizaba actividades en el sector primario, 16% en el sector secundario y 44.5% en el sector terciario (74.5% se localizaba en Tuxtla Gutiérrez). En el año 2010 las cifras del INEGI confirmaron esta tendencia: un 20.7% de la población ocupada se encontraba en el sector primario, un 17.7% en el sector secundario (50.7% se localizaba en Tuxtla Gutiérrez); un 18.2% realizaba actividades de comercio (65.8% pertenecían a la misma ciudad) y, finalmente, un 42.5% pertenecían al sector de los servicios (71% se concentraba en Tuxtla Gutiérrez). Las cifras de Tuxtla Gutiérrez confirman el carácter de centro urbano de la capital del estado y de receptora de trabajadores de los demás municipios de la región Centro y del estado; también se deben a la atracción que genera en la población la concentración de los servicios.

Estos porcentajes también reflejan la disminución de los niveles de producción agropecuaria (maíz, caña y café, ganado bovino y leche) y la pérdida de importancia que el sector primario de la región enfrenta desde finales de los ochenta, principalmente por la baja de la inversión pública (programas de fertilizantes, semillas mejoradas, tractores, Procampo) y la reducción de los precios de garantía (Villafuerte y Montoya, 1990). Hasta entonces, la región cumplía con la función de proveedora de bienes básicos dentro de una estructura productiva que respondía al naciente modelo de acumulación neoliberal, cuya consolidación se hizo posible por la marginalización de la economía campesina en un proceso de polarización y exclusión social que ha transitado de un capitalismo agrario a uno financiero (servicios, bancos), con efectos devastadores en el sector campesino y en las mujeres, como explicaremos adelante. Si bien hacia la década de los seten-



ta Tuxtla inició su crecimiento poblacional con la recepción de migrantes damnificados de todo tipo y la inversión pública en infraestructura y servicios²³, en las últimas décadas se ha convertido en un polo de atracción donde finca sus esperanzas la población joven en busca de opciones laborales y educativas ante la crisis del campo en Chiapas y la falta de inversiones en el medio rural.

En este sentido, la región no ha sido ajena a la dinámica de desestructuración de la producción campesina y de intensificación de las dinámicas de consumo agroindustrial, que fueron más tempranas aquí que en las regiones indígenas del estado. La crisis global del capitalismo neoliberal se expresa en la desestructuración de la economía campesina; esto ha significado para la región que las familias campesinas han cambiado su situación socioeconómica en un contexto de crisis, lo que se ha manifestado en la insuficiencia de la producción de granos y en el deterioro progresivo de sus condiciones de vida y de trabajo.

Puede señalarse que hasta la década de los setenta este proceso se llevaba a cabo con la intensificación de la incorporación de los campesinos e indígenas a los procesos de producción agroindustrial; sin embargo, con las políticas neoliberales inició otro proceso de

desestructuración, ahora por la vía del consumo, en el que las políticas asistencialistas (como Oportunidades, la Cruzada contra el hambre, etcétera) juegan un papel estratégico, al igual que los microfinanciamientos, ambos destinados fundamentalmente a las mujeres (Olivera et al, s/f). De esta manera, la actual forma de acumulación, a través del mercado, tiene una de sus bases en el control que el sistema ejerce sobre estos dos ejes de la vida: producción y consumo, lo que tiene como efecto un incremento en las dinámicas de marginación y de exclusión social.

23 Campesinos que perdieron sus tierras por la construcción de las presas, propietarios de los Valles de Simojovel y Huitiupán cuyas tierras fueron invadidas por las organizaciones agraristas, gente de Chiapa de Corzo que perdió sus casas por el temblor de 1975 y zoques desplazados por la erupción del volcán Chichonal en 1982 (Viqueira, 1990).

No obstante, a pesar de la pérdida de importancia económica, el sector agrícola sigue siendo la actividad principal para buena parte de la población y la tierra continúa considerándose un recurso importante para la población regional, lo que podemos asociar con la existencia de tres de los catorce focos rojos agrarios nacionales identificados por el gobierno en el año 2003 (Reyes, 2004).

De acuerdo con el Censo Agropecuario 2007, en la región Centro se registraron 517 núcleos agrarios (18% del total estatal) que abarcaban una extensión de 651,000 hectáreas (14% de la superficie social en la entidad); el número de ejidatarios y comuneros en la región asciende a 63,121 sujetos (18% del total estatal), de los cuales el 81% son hombres y el 19% mujeres. Del total de ejidatarios y comuneros, el 73% tiene una parcela individual y el 27% carece de ella, por lo que para sembrar tienen que prestar o rentar tierras.

Según dicho censo, en la región Centro existen 68,484 unidades de producción (15% de las existentes en el estado), que abarcan una superficie de 794,150 hectáreas (20% del estado). El 75% de estas unidades está destinado a una actividad agropecuaria o forestal llevada a cabo por propietarios privados (39%) que se concentran en la Depresión Central, y sobre todo por ejidatarios o comuneros (60%) de las Montañas Zoques y las Comunidades del Sur. En este sentido, si consideramos que la superficie de producción social en la región se encuentra en manos de 91,000 sujetos agrarios (69% ejidatarios o comuneros y 31% poseionarios) y que sus familias tienen un promedio de cinco miembros, es posible estimar que al menos alrededor de 455,000 personas en la región dependen de las actividades agrícolas, la mitad de ellas mujeres.

Los ingresos de la población de la región nos dan una idea de las condiciones de vida de la población. En 2010 el INEGI reportó que, de la población ocupada, 25% percibía hasta un salario mínimo, y



27.6% recibía más de uno y hasta dos salarios mínimos (52.3% se encontraba en Tuxtla Gutiérrez). Finalmente, el 40.4% recibía más de dos salarios mínimos (73% residían en la capital), lo que indica el bajo nivel de ingresos de los demás municipios de la región, sobre todo de aquellos que corresponden a las Montañas Zoques y los que se ubican en los límites de la región Altos. En este sentido es importante destacar la diferencia de los niveles de ingreso entre la zona metropolitana (Tuxtla Gutiérrez, Berriozábal, Suchiapa y Chiapa de Corzo), donde 20% de la población tiene un ingreso inferior a la línea de bienestar, mientras que en las Comunidades del Sur y las Montañas Zoques la población que no gana lo suficiente para comprar una canasta básica corresponde a un 50% (Gobierno del estado de Chiapas, 2006-2012).

6. Trabajo, marginalidad y exclusión de las mujeres

6.1. Quiénes son las mujeres marginales

La principal característica de la marginalidad²⁴ es la inseguridad económica crónica y la limitada articulación con el sistema económico que deja a esa población fuera de los circuitos laborales formales y de seguridad social.

Esta situación estructural se objetiva en la vida de las mujeres marginales de la región Centro porque constituyen la población más pobre y vulnerable y porque, a pesar del contexto de carencias materiales y de desigualdad social en la que viven, tienen que continuar con sus labores de cuidado y reproducción social. Se insertan en una lógica de trabajo y más trabajo para no dejar a la familia morir de hambre, pero sin lograr salir de su situación marginal; por el contrario, la reproducen al mismo tiempo que profundizan sus subordinaciones de género.

24 Abordamos la marginalidad como un fenómeno estructural que supone una posición social "al margen" o "en el margen" de un sistema económico, el capitalista, y de una sociedad dominante, la industrial. Además, implica una situación de exclusión de los circuitos de decisión política, así como de los espacios de integración económica y social, y dificulta la consolidación de movimientos sociales activos y continuados (Moreno, 2011: 104-108).

Las mujeres marginales de la región Centro presentan las siguientes características:

Edad y estado de vida

La mayoría (65%) de las mujeres marginales que entrevistamos tiene entre 16 y 45 años, es decir, están en el rango de edad reproductiva; el resto tiene más de 46 años. La mayoría tiene pareja (86%), ya sea que estén casadas (67%) o vivan en unión libre (19%). Son relativamente pocas las que no tienen pareja: 4% son viudas, 2% son divorciadas y 7% son madres solteras. Este último dato es interesante porque refleja los cambios que se están dando en los modelos y las relaciones familiares en la región.

Lengua materna

En consecuencia con la información estadística que mencionamos en apartados anteriores, las mujeres marginales del Centro son predominantemente mestizas (78.4% tienen como lengua materna el español); sin embargo, observamos que la población indígena se concentra en el sector marginal, pues mientras que 7.7% de las mujeres de la población total de la región es indígena, en el sector marginal los indígenas representan el 21.6%, lo que habla de un proceso racializado de diferenciación social. El tsotsil es la lengua indígena mayoritaria, con un 13.5% de hablantes, seguida del zoque con un 7.6%, mientras que los tseltales son apenas 0.6%.

La población hablante de lengua indígena varía de una zona a otra: en la Depresión Central el 88% de las mujeres tiene como lengua materna el español y 11.5% el tsotsil, mientras que en las Montañas Zoques 57.6% habla español y 42.4% un idioma indígena (22% zoque, 18.6% tsotsil y 1.7% tseltal). Cabe destacar que en esta zona es donde se encuentran los mayores niveles de marginación de la región. Un aspecto importante a señalar, de forma autocrítica, es que las mujeres encuestadas en las Comunidades del Sur no hablan ningun-



na lengua indígena a pesar de que en esta zona existe una importante presencia de indígenas (18.4%), lo que nos remite a considerar que hubo alguna falla en el diseño o aplicación de la encuesta, pues las ocho familias entrevistadas no representan al alto rango de población marginal que existe en esta zona. Hemos tratado de superar esta falla con la información estadística y las entrevistas realizadas a autoridades y mujeres de la zona.

Educación, grado de escolaridad y analfabetismo

Como producto de la polarización social y la baja cobertura de servicios públicos, encontramos que el analfabetismo y la baja escolaridad son características que comparten la mayoría de las mujeres marginales de la región Centro y que limitan su acceso a las pocas oportunidades laborales que existen. El 33% no tiene ningún grado de estudios, 51% tiene algún grado de primaria, mientras que sólo 12% estudió la secundaria, apenas 2% la prepa y 1% la licenciatura. Existe una relación entre la condición indígena y el analfabetismo de las mujeres, pues la mayoría de las que no fueron a la escuela y que solamente tienen algún nivel de primaria son indígenas. Las que tienen nivel de secundaria, preparatoria o licenciatura son mestizas.

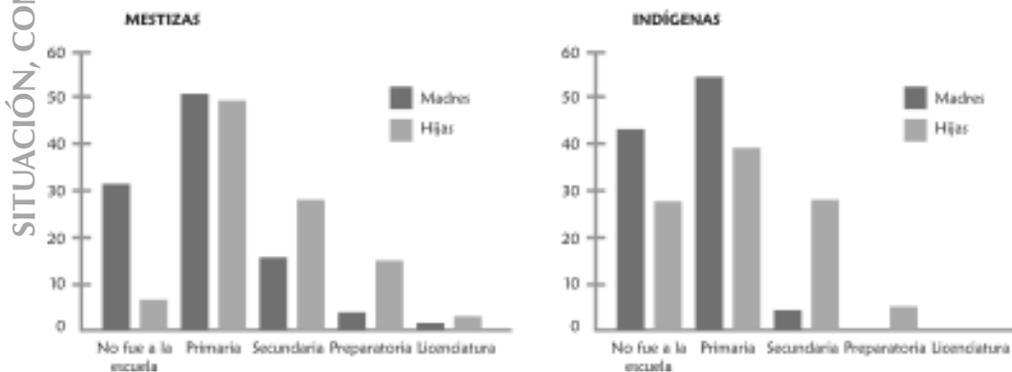
Cuadro 7. Lengua materna y último grado escolar

Lengua materna	Último grado escolar (%)					Total
	No fue	Primaria	Secundaria	Preparatoria	Licenciatura	
Español	31	50	15	3	1	100
Indígena	43	54	3	0	0	100

Fuente: Encuesta CESMECA-UNICACH, 2009.

Los cambios generacionales que se han presentado en el aspecto educativo son significativos. Hay una reducción significativa en el porcentaje de hijas que no han acudido a la escuela (12%) en relación con las madres (34%) y un aumento en el porcentaje de las hijas que han accedido a la secundaria (28.5%) en relación con sus madres (12.3%). Asimismo, al nivel de preparatoria sólo accedió el 2.3% de las madres, mientras que el 10.4% de sus hijas lo han logrado. Como se puede ver en la gráfica 1, entre las mujeres indígenas, las hijas que no han ido a la escuela representan un porcentaje menor que el de sus madres, mientras que entre las mestizas la diferencia generacional es mucho más acusada. Por otra parte, es significativo que el número de madres indígenas que han accedido a la primaria sea mayor que el de las madres mestizas; sin embargo, entre éstas el número de hijas que han cursado primaria es muy cercano al de sus madres. También podemos observar un aumento significativo entre las hijas indígenas que han rebasado mucho a sus madres que pudieron acceder a la secundaria y a la preparatoria, pero también el número de indígenas sigue siendo prácticamente inexistente en la superior. Otra observación que podemos agregar es que ésto no se ha reflejado en un mayor acceso de las mujeres marginales al trabajo asalariado.

Gráfica 1. Comparación de la escolaridad entre madres e hijas



Fuente: Encuesta CESMECA-UNICACH, 2009.



Familia

Las familias de las mujeres permanecen sin cambios profundos tanto en su estructura, como en las relaciones de género y generacionales que se dan al interior de las mismas. El modelo de familia predominante en la región es el nuclear (68.63%), le sigue el modelo de familia extensa (21.30%) y un significativo porcentaje de mujeres solas con hijos (10.05%). El promedio de integrantes por familia es de cinco personas, aunque existen algunas variaciones al interior de las zonas. Las familias más numerosas se encuentran en las Montañas Zoques y muchas de ellas son indígenas.

Cuadro 8. Porcentaje de miembros de las familias

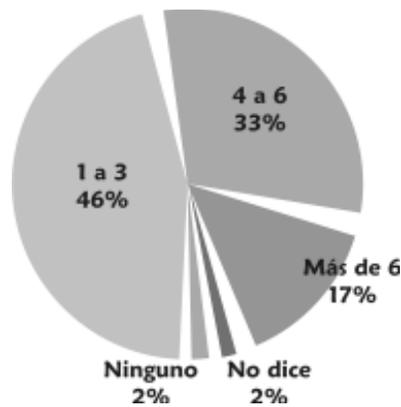
Número de miembros	Depresión Central	Montañas Zoques	Comunidades del Sur
1 a 3	26.2	25	50
4 a 6	57.9	55	50
7 a 9	13.1	15	-
10 a 12	1.9	3.3	-
Más de 12	0.9	1.7	-
Total	100	100	100

Fuente: Encuesta CEMECA-UNICACH, 2009.

La mayoría de las mujeres en toda la región tiene de uno a tres hijos; sin embargo, al disgregar los datos por zonas, se observa que el porcentaje de mujeres que tienen más de seis hijos es mayor en las Montañas Zoques y en las Comunidades del Sur, con el 20% y el 25% respectivamente, frente al 16% en la Depresión Central. Es notorio el efecto de las políticas de control de natalidad, sobre todo a través del programa Oportunidades, de la Secretaría de Desarrollo Social, tanto en la cantidad de hijos, como en sus edades. Un dato que llama la atención y resulta ilustrativo es que a nivel regional 55% de las muje-

res dijo que no tenía hijos menores de cinco años, 24% tenía uno y 15% tenía dos hijos en ese rango de edad. Las mujeres están adoptando los discursos oficiales, reinterpretándolos y adaptándolos a su cotidianidad. No deja de ser sintomática la reflexión de una de ellas, de la localidad Pomposo Castellanos en Cintalapa: "entre más hijos, más oficio". Ciertamente, esta mujer alude al aumento del trabajo de las mujeres cuando tienen más hijos.

Gráfica 2. Número de hijos de las mujeres marginales de la región



Fuente: Encuesta CESMECA-UNICACH, 2009.

Religión

Entre las mujeres marginales del Centro la religión católica es la predominante: 70% pertenece a este credo y 20% son protestantes, porcentaje que ha aumentado debido a que en la religión encuentran redes de apoyo mutuo. Sin embargo, este porcentaje es mucho menor al de las regiones indígenas, en donde la feligresía de los no católicos casi llega al 50%; la fortaleza del catolicismo en el Centro se puede relacionar con la cohesión que se mantiene a través de las cofradías, las fiestas y las danzas de la tradición zoque. Pero el abandono del alcohol y la superación de enfermedades son factores que favorecen la conversión (Vallverdú, 2005). Otros datos importante son

que algunas mujeres protestantes tienen hijos o esposos católicos y que la tendencia al cambio es igual para indígenas y mestizas. Las religiones protestantes predominantes son la adventista o del séptimo día, con un 33% de mujeres que la profesan, la religión pentecostal con un 27%, y los testigos de Jehová con un 21%. Un dato que llama la atención es que 10% de las mujeres dijeron no profesar ninguna religión.

Cuadro 9. Religión que profesan las mujeres marginales por zona

Zona	Religión (%)			Total
	Católica	Protestante	Sin religión	
Depresión Central	69.2	22.1	8.7	100
Montañas Zoques	72.4	13.8	13.8	100
Comunidades del Sur	75.0	25.0	0	100
Total	70.6	19.4	100	100

Fuente: Encuesta CESMECA-UNICACH, 2009.

Condiciones materiales de vida: viviendas y servicios

El nivel de acceso a los servicios públicos es uno de los factores que permite conocer la situación actual de las localidades y de las mujeres de la región, quienes sufren de manera directa principalmente la carencia de agua y de drenaje; sin embargo, en comparación con otras regiones la cobertura en la región Centro es alta. La mayoría de las viviendas (99%) cuenta con electricidad, un 86% con agua entubada y un 65% con baño o letrina, pero el 37% carece de este servicio.

Las casas tienen en promedio tres cuartos, aunque una tercera parte tiene cuatro y una cuarta parte dos; la cocina generalmente está separada de los cuartos (87%), y sin embargo una décima parte de las entrevistadas cocina en el mismo cuarto que duerme, lo que indica

que viven en condiciones de hacinamiento, situación que se presenta con mayor frecuencia en las Comunidades del Sur y en las Montañas Zoques. La mayoría de las casas tiene paredes de ladrillo (55%) o adobe (25%) y un porcentaje no menos importante, de tablas (15%). Son escasas las viviendas con paredes de lodo (2%) o que combinan distintos materiales (4%). La mayor parte de las casas cuenta con techos de lámina de metal (56%) o de teja de barro (21%), y son pocas las que lo tienen de concreto (8%) o de otros materiales, como teja de cartón (3.5%). Si bien una tercera parte de las viviendas cuenta con piso de cemento (76.6%) y una cuarta parte de tierra (21%), esto último es más frecuente en las casas de personas indígenas.

Atención a la salud

La mala cobertura de servicios públicos, como la salud y la educación, es un factor fundamental que hace más pesada la carga de las mujeres marginales en tiempos de crisis, porque ellas se encargan de buscar la atención que las instituciones dejan de prestar. En este sentido, es común escucharlas quejarse de la mala atención que reciben en las clínicas y hospitales públicos, lo que las obliga a pagar por este servicio aunque se endeuden. En la región, de las familias que dijeron tener deudas, 50% de ellas había pedido prestado para atender una enfermedad, y 50.3% en el último mes había gastado en medicinas montos que iban de \$20.00 hasta \$6,000.00, cuando su ingreso mensual está generalmente por debajo de lo que pagan por ellas.

Un factor muy importante que incide directamente en la salud de las mujeres es el combustible con el que cocinan. En la región encontramos que 65% utilizan leña, 13.5% gas y 18% alternan el gas con carbón debido al encarecimiento del gas y a la escasez de leña, que actualmente también se tiene que comprar. Las casas en donde se utiliza más leña para cocinar están en las Montañas Zoques y en las Comunidades del Sur (65%), y es un poco menor en la Depresión Central (60%). Sin embargo, en esta última zona es en donde se combina

con más frecuencia el uso de leña, carbón y gas. Si al perjuicio del humo en los ojos y pulmones de las mujeres aunamos el factor del clima, vemos que el desgaste físico que sufre la mayor parte de ellas para preparar los alimentos es bastante significativo.

Recursos familiares

El proceso de globalización actual violenta de manera muy significativa a las mujeres marginales al profundizar las desigualdades en las que históricamente han vivido. El constante despojo de los medios de producción de las familias campesinas las ha obligado a migrar y buscar su sustento familiar fuera de la tierra, lo que ha agravado su condición de marginalidad. En este sentido observamos que, conforme este proceso avanza, es mayor el número de familias sin tierras ni sustento²⁵; en la región solamente 55% de las familias tiene alguna tierra para sembrar y 45% carece de ella. En los casos en los que las familias tienen tierra, 86% es propia, 4% prestada y 5% rentada. El resto combina las tres opciones de posesión.

Cuadro 10. Tiene alguna tierra para sembrar por zona

Zona	Tiene alguna tierra para sembrar (%)		
	Si	No	Total
Depresión Central	48.1	51.9	100
Montañas Zoques	72.9	27.1	100
Comunidades del Sur	25.0	75.0	100
Total	55.6	44.4	100

Fuente: Encuesta CESMECA-UNICACH, 2009.

25 Según el censo del año 2000, las mujeres representan el 23% de quienes tienen tierras en Chiapas. Sin embargo, en el diagnóstico realizado en el año 2004 por el Centro de Derechos de la Mujer de Chiapas, sobre el derecho de las mujeres a la tierra, se reporta que solamente el 18% de las mujeres son propietarias de tierras, ya sea de hecho o de facto.

A pesar de las constantes políticas de privatización llevadas a cabo por el Estado, el tipo de tenencia que predomina es la social (63.5%), y existe en menor proporción la privada (20.6%) o mixta (15.9%). La carencia de tierras es mayor en las Comunidades del Sur, donde el 75% no tiene, lo que coincide con la disputa de la tierra y los movimientos campesinos en la zona, así como con su alta densidad demográfica, en tanto que en las Montañas Zoques la proporción es totalmente inversa puesto que 25% carece de ella. Por lo que respecta a la Depresión Central, la carencia de tierra para cultivo es ligeramente mayor (52%).

Independientemente del tipo de tenencia de la tierra de las familias, una característica que comparten sus mujeres es el desconocimiento de la cantidad que posee el esposo, así como de la producción y el destino de los recursos que genera. Una décima parte de las mujeres no conoce el tamaño de la tierra de cultivo familiar. Sin embargo, a partir de los datos obtenidos, es posible dar cuenta del extremo minifundismo en la región, puesto que 62% de las familias tiene menos de cinco hectáreas, de las cuales el 38% tiene menos de dos hectáreas y 24% entre dos y cinco hectáreas; 11% tiene más de cinco y menos de diez, mientras que el 11.6% tiene más de diez hectáreas. Con excepción de las Comunidades del Sur, las proporciones de tierra en los campesinos de la Depresión Central y las Montañas Zoques son muy similares (cuadro 11).

Cuadro 11. Hectáreas de tierra de que dispone cada subregión

Zona	Hectáreas que tiene en total (%)					Total
	1 a 2	2.1 a 5	5.1 a 10	Más de 10	No sabe	
Depresión Central	34.0	28.0	10.0	16.0	12.0	100
Montañas Zoques	39.5	20.9	14.0	14.0	11.6	100
Comunidades del Sur	100	0	0	0	0	100
Total	37.9	24.2	11.6	14.7	11.6	100

Fuente: Encuesta CESMECA-UNICACH, 2009.

El proceso de globalización también incide en la configuración del espacio rural. De esta manera vemos que, ante la nueva ruralidad caracterizada por la incursión de su población en diversas actividades productivas no agrícolas, la poca tierra de la que disponen las familias marginales continúa siendo trabajada por los varones de la familia (76%). Son muy pocas las mujeres que dijeron que trabajaban la tierra (3.5%), aunque un porcentaje significativo se consideran campesinas (12%). También son pocos los casos en los que toda la familia lo hace (4.5%), y un 15% dijo que contrataban peones. Las zonas donde las mujeres afirmaron que más participan en el cultivo de la tierra fueron las Montañas Zoques (4.3%) y la Depresión Central (3.2%), mientras que en las Comunidades del Sur no se reportó ningún caso.

Propiedad de la tierra

La falta de acceso y control de la tierra por parte de las mujeres se agrava en el contexto neoliberal actual, porque su exclusión de los derechos de propiedad se institucionaliza y legitima a través de políticas como el Programa de Certificación de Derechos Ejidales y Titulación de Solares (PROCEDE, hoy Fondo de Apoyo para Núcleos Agrarios sin Regularizar, FANAR). Este hecho dificulta aún más la posibilidad de que las mujeres obtengan autonomía económica y su propio sustento a partir de la tierra. La propiedad de la tierra está fundamentalmente en manos de los hombres: el 76% de los propietarios son hombres (61.7% son los esposos, 15% el papá o suegro) y solamente el 16% de las tierras pertenece a las mujeres; mientras que en 3% de los casos son dueños ambos y 4% se encuentra en una situación especial.

La exclusión de la propiedad de las mujeres, así como su falta de participación en las decisiones sobre la tierra y la producción, favorece su desconocimiento sobre la situación de los bienes familiares: 27.4% de las mujeres desconoce el tipo de propiedad de la tierra. Si se omiten esos casos, tenemos que 72.4% de la propiedad es social, principalmente ejidos (42.1%) y comunidades (30.5%), en tanto que

la propiedad privada representa un 27%. Del total de familias con tierra, muchas mujeres desconocen en qué consiste el PROCEDE y si llevaron a cabo algún procedimiento con dicho programa (43%). Algunas familias sólo certificaron la parcela (14.5%), un número importante certificaron y titularon sus tierras (56%) y muy pocas aceptaron el Dominio Pleno (7.2%), mientras que una proporción relativamente importante no aceptó este programa (14.5%).

De lo que se produce

El abandono forzado de la tierra y de la producción por parte de los campesinos es una realidad a raíz de la progresiva descampesinización que existe en la región iniciada desde las décadas de los sesenta y ochenta, cuando la construcción de obras hidroeléctricas, el fomento de la ganadería y la industrialización urbana comenzaron a mermar la producción agrícola regional.

Pero, sin duda alguna, los factores más importantes que han generado el abandono del campo son los altos costos de producción, los bajos precios de sus productos y, sobre todo, la falta de políticas para el fomento a la producción. Todo lo anterior se ha agudizado con la actual crisis y con la liberación del precio del maíz en 2008, puesto que solamente el 12% de la población cuenta con Procampo²⁶ y los precios del maíz no rebasan los cuatro pesos por kilogramo. Los datos estadísticos obtenidos muestran que la producción de granos básicos disminuye en cada cosecha y, por lo tanto, existe una pérdida cada vez mayor de la soberanía alimentaria de los campesinos.

Como se observa en el cuadro 12, la superficie cultivada y los rendimientos de producción son bajos en productos como el maíz, el frijol y el café, de los que se producen muy pocos excedentes. A pesar de que 33.7% de las mujeres desconoce la cantidad y lo que se produce en las tierras de la familia, a través de la información recaba-

26 Programa de Apoyos Directos al Campo de la Secretaría de Agricultura, Ganadería, Desarrollo Rural, Pesca y Alimentación.

da fue posible dar cuenta de que en muchos casos la producción se destina exclusivamente al consumo familiar (20%), de que lo poco que se vende se comercializa en la localidad (27%) o en el municipio (11%) y de que esto se sigue haciendo a través de los coyotes (29%).

Cuadro 12. Productos básicos sembrados, cosechados y su destino, 2008

	Hectáreas sembradas	Cantidad cosechada	Cantidad vendida	Precio	Cantidad consumida
Maíz	De las 95 familias con tierra, el 50% sembraron menos de 2 hectáreas; el 22.3% de las mujeres no dijo o no sabe cuánto se sembró. Una familia no sembró nada.	De las 73 familias de las que se obtuvo información de siembra de maíz, 28 (38%) cosecharon menos de veinte sacos (1 tonelada), 18, más de cuarenta sacos (24.6%) toneladas); el 30% de las mujeres no sabe cuánto se cosechó.	De las 73 familias que afirmaron sembrar maíz, sólo 48 vendieron una parte o toda su producción. 25 mujeres no pudieron mencionar la cantidad o proporción vendida.	\$3.0 kg.	De las 73 que afirmaron sembrar maíz, 27 vendieron una parte y 17 todo. 29 mujeres no mencionaron la proporción de maíz consumido.
Frijol	De las 95 familias con tierra, el 32.4% sembró menos de una hectárea de frijol, el 8.4% más de una hectárea pero menos dos. El 58% de las mujeres no dijo o no sabe cuánto frijol se sembró.	De las 38 familias de las que se obtuvo información de la siembra de frijol, 8 familias produjeron 8 sacos, 12 más de un saco y 4 ninguno. 18 mujeres no supieron cuánto se cosechó.	De las 38 familias de las que se obtuvo información de la siembra de frijol, cinco vendieron un saco y dos familias vendieron más de cuatro y menos de seis sacos. 30 mujeres no pudieron mencionar la cantidad o proporción vendida.	\$14.00 kg.	De las 38 familias de las que se obtuvo información de la siembra de frijol, 15 consumieron todo y 4 una parte. 19 mujeres no mencionaron qué proporción de frijol se consumió.
Café	19 familias tienen cafetal, 11 de ellas tienen menos de media hectárea, 6 tienen una hectárea y las 2 restantes no más de 4 hectáreas.	9 familias cosecharon de 1 a 8 sacos, 7 de ellas menos de 4. 9 mujeres no supieron cuánto café se cosechó.	6 familias vendieron menos de 4 sacos. 13 mujeres no supieron decir cuánto de lo cosechado se había vendido.	\$8.00 y \$25.00 kg.	Una familia vendió todo el café, 5 consumieron una parte.

Fuente: Encuesta CESMECA-UNICACH, 2009.

Observamos que, a pesar de su baja productividad, la tierra continúa siendo un medio de subsistencia para las familias marginales; sin embargo, su importancia se ha reducido a un papel básico de autoabasto. Si bien muchas familias siguen vendiendo parte de su producción, en reali-

dad es poco, al igual que los ingresos que de ello obtienen. Casi todas las familias procuran destinar una parte para el consumo, sobre todo aquellas con una parcela pequeña. Esto significa que la dieta sigue basándose en el maíz, el cual debe comprarse cuando se agota, al igual que el frijol.

El escaso número de tierras en propiedad y la baja productividad de las mismas redundan en carencias para las familias, por lo que estos problemas también definen la marginalidad de las mujeres. Si bien anteriormente vivían en una situación similar respecto al modelo económico y al mercado global, tenían la posibilidad de producir en sus tierras; sin embargo, ahora continúan siendo marginales pero sin la posibilidad de poseer y cultivar tierras que les permitan enfrentar su pobreza. Se han vuelto altamente dependientes del mercado y se ven en la necesidad de comprar productos básicos como el maíz y el frijol. El incremento de precios en los productos que consumen dificulta cubrir el coste de su alimentación, por lo que la pobreza y la desigualdad en la que viven se agravan.

6.2. Qué hacen las mujeres marginales

En el contexto de una pronunciada división sexual del trabajo, la crisis del sector rural chiapaneco paradójicamente se refleja, por un lado, en el incremento de la escasez y precariedad del trabajo remunerado para los hombres, mientras que, por el otro, el trabajo de las mujeres en la casa y por un ingreso se ha incrementado. En este sentido, según nuestro diagnóstico, la mayoría de las mujeres se dedica al hogar (94%); sin embargo, sólo un poco más de la mitad (59%) tiene el trabajo doméstico como única ocupación, pues un gran número de ellas (28%) combina el trabajo del hogar con una actividad económica informal (venta de alimentos, verduras y gallinas, elaboración de escobas, etcétera), con el trabajo campesino (11.7%) o combinan las tres actividades (1.2%) (gráfica 3). De ahí que un 30% considere que

su trabajo en la casa aumentó entre 2008 y 2009 por diversas situaciones de orden familiar, como el incremento del número de hijos, la ausencia de las mujeres que anteriormente le ayudaban (migración, trabajo, casamiento, etcétera) o por la ampliación de la casa.

Gráfica 3. Ocupación primaria y secundaria de las mujeres marginales de la región Centro



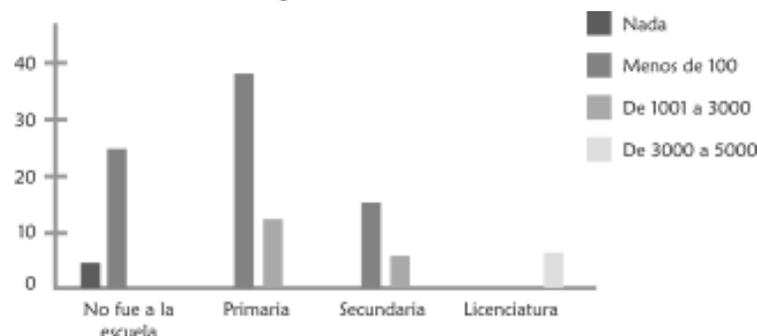
Fuente: Encuesta CESMECA-UNICACH, 2009.

El trabajo en el hogar es prácticamente exclusivo de las mujeres: 40% lo realiza sola y 45% es apoyada por otra mujer de la familia, mientras que 15% es "ayudada" por un varón, a veces el esposo, pero generalmente un hijo pequeño. La mayoría de las mujeres marginales dedica más de 12 horas (54%), e incluso más de 15 (25%), al trabajo en el hogar. El hecho de que el trabajo de cuidado sea intenso, de mucha responsabilidad y se realice a lo largo de todo el día, sin reconocimiento social y con poco apoyo familiar o institucional (servicio médico, guarderías, etcétera), junto a la baja tecnología de que disponen, explica por qué el 87% no tiene ningún ingreso y que las pocas que trabajan fuera de casa (15%) solamente puedan hacerlo durante tres o cinco horas diarias. Esto significa que muchas mujeres propiamente no trabajan fuera de la casa, sino que buscan la manera de obtener ingresos sin descuidar el hogar, por lo que

realizan actividades con ingresos inestables y en condiciones muy vulnerables. Que las mujeres trabajen más no significa necesariamente que esté cambiando su situación marginada, pobre o subordinada de género; al contrario, para el sistema capitalista el trabajo de cuidado y productivo que realizan, así como las condiciones en que lo hacen, significa un alto subsidio permanente de valor que el sistema utiliza como mercancía sin pagar el costo de su producción.

Como observamos en el apartado anterior, uno de los cambios más significativos que se ha observado en ellas ha sido en la educación escolar, que en las mujeres del estudio se concentra en el nivel primaria, aunque las nuevas generaciones están accediendo ya a la educación secundaria y, en menor medida, a la preparatoria. Sin embargo, este acceso tampoco cambia significativamente su ingreso ya que en promedio tienen entradas de dinero menores a \$1,000.00 (76%), tanto las que sólo han estudiado primaria, como las que tienen secundaria. Muy pocas ganan menos o más de esa cantidad. Llama la atención que, además de las mujeres solas que tienen que trabajar para sostener a sus hijos, la mayoría (96%) de las que trabajan fuera de casa tiene pareja y lo que ganan se destina al gasto familiar y no a sus necesidades e intereses personales.

Gráfica 4. Ingresos de las mujeres que trabajan fuera de la casa según grado de estudios



Fuente: Encuesta CESMECA-UNICACH, 2009.

La incursión de las mujeres al trabajo remunerado está relacionada con la falta de tierras y con los efectos de la crisis en la desestructuración de la economía campesina. Al analizar los datos por zonas, encontramos que en la Depresión Central 14.4% trabaja fuera de casa y en promedio tienen un ingreso menor \$1,000.00. En las Montañas Zoques el 13.6% trabaja fuera de la casa por un salario igual al mencionado, con el agravante de que un porcentaje casi igual (12.5%) no gana nada. Por otro lado, en las Comunidades del Sur, donde hay una alta presión sobre la tierra, todas las que trabajan ganan menos de ese salario.

La sobrecarga de trabajo se refleja en el poco tiempo que ellas dedican al descanso. El 92% dedica a ello menos de tres horas al día, tiempo que en realidad destinan a otras tareas de la casa. El 73% duerme menos de ocho horas porque el clima y las actividades del esposo e hijos exigen que su jornada laboral inicie desde la madrugada (3:00 o 4:00 am) y finalice a altas horas de la noche con el objetivo de "sacar la tarea del día".

Gasto mensual

En el contexto actual de polarización social, el gasto es un aspecto fundamental de análisis ya que el consumo/consumismo es una forma de acumulación que se ha intensificado en las últimas décadas con el neoliberalismo. A pesar de que este sector en términos generales consume poco por familia, es importante para el sistema por la gran cantidad de consumidores que lo integran (86% de la población chiapaneca).

Las condiciones de trabajo y de vida deficitarias en este sector de la población se reflejan en lo que las mujeres tienen para su gasto por persona al día. Como puede verse en el cuadro 13, en la Depresión Central, en donde la población marginal vive mejor, encontramos que el promedio de ese gasto es apenas de \$16.32 por persona al día; en las Comunidades del Sur baja a \$15.33, y en las Montañas Zoques a \$11.94. Este ingreso, aunque es un poco mayor a un dólar en las dos primeras regiones, es

indudablemente insuficiente debido a la sobrevaloración del peso, por lo que en realidad no alcanza para cubrir el costo oficial de la canasta básica debido al incremento de los precios de consumo y a la baja de los precios de producción campesina. Además, es importante considerar que este gasto no proviene sólo ni principalmente de la producción campesina, sino en gran medida de los programas asistenciales, de los préstamos y de los jornales del trabajo masculino en el campo y en la ciudad. Este ingreso se gasta fundamentalmente en la compra de alimentos y en segundo lugar en medicinas y ropa.

Cuadro 13.- Gasto de ellas al mes y por integrante de la familia al día

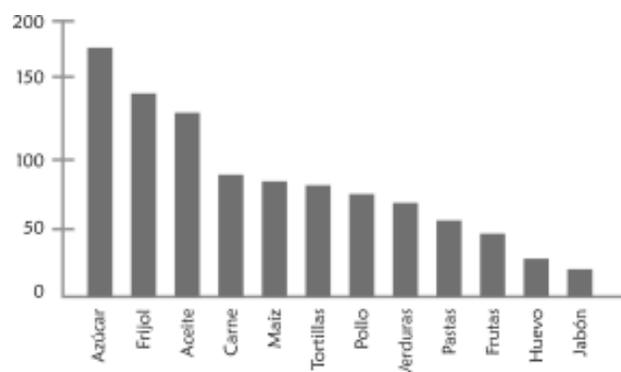
Zona	En el último mes cuánto gastó en alimentos, ropa, escuela, deudas		
	Mensual por familia	Diario por familia	Diario por persona
Depresión Central	\$2.450.00	\$81.66	\$16.32
Montañas Zoques	\$2.300.00	\$77.00	\$15.33
Comunidades del Sur	\$2.150.00	\$71.66	\$11.94

Fuente: Encuesta CESMECA-UNICACH. *5 miembros por familia. **6 miembros por familia.

La sobrecarga emocional que para las mujeres representa administrar el gasto se incrementa con el alza constante de los precios de los productos básicos, frente a lo que la familia y ellas pueden producir en la parcela y el solar u obtener de otros espacios. A partir de las respuestas a la pregunta sobre cuáles son los alimentos que más han subido de precio, observamos cuestiones significativas, una de ellas es que el frijol aparece como uno de los productos más mencionados, así como el maíz. Ello confirma lo que señalábamos respecto al carácter insuficiente de la producción agrícola, como el hecho de que un buen número de familias carece de tierras y no puede ni sembrar para tener su elote. De esta manera, la escasez de dinero y el alza de los precios de los productos básicos son dos problemas que cotidianamente padecen las mujeres en sus responsabilidades de manutención familiar, lo que ha generado, por un lado, el fortalecimiento de las redes de apo-

yo interfamiliares y, por el otro, la competencia intrafamiliar a través del consumo de prestigio.

Gráfica 5. Alimentos que más han subido de precio (frecuencias)



Fuente: Encuesta CESMECA-UNICACH.

Lo anterior cobra sentido si revisamos los principales alimentos que consumen diariamente las familias, los cuales son: el frijol y el maíz para el pozol²⁷ y las tortillas, pastas y huevos (estos últimos se consumen de dos a seis días por semana), mientras que el consumo de carne y pollo se limita a una vez a la semana.

Cuadro 14. Principales alimentos consumidos en la última semana

Alimento	Todos	2 a 6 días	1 día	Ninguno	ND/NC	Total
Frijol	126	39	4	0	2	171
Arroz/Pasta	26	91	48	4	2	171
Pollo	1	30	116	19	5	171
Carne	1	16	103	39	12	171
Huevos	44	92	26	6	3	171
Leche/Queso	24	56	44	41	6	171
Pozol	100	21	14	33	3	171
Verduras	41	87	29	8	6	171
Elotes	20	12	19	101	19	171
Frutas	26	59	51	23	12	171

Fuente: Encuesta CESMECA-UNICACH, 2009.

27 Bebida de maíz cocido y molido.

Esto significa que existe un proceso muy fuerte de endeudamiento. Puede verse cómo la nueva forma de acumulación de capital que ha implementado el neoliberalismo ha invadido las comunidades y ha despojado a la población marginal de los pocos recursos que posee. Esto lo hace a través de pequeños préstamos individuales o de campañas de microcréditos colectivos con altos intereses (Compartamos Banco, por ejemplo). Las cabeceras municipales están plagadas de "casas de crédito fácil" que se aprovechan de la miseria de la población marginal. Las mujeres van acumulando deudas para resolver la contradicción que existe entre lo que tienen y lo que gastan para resolver sus necesidades, y, como con frecuencia no las pueden pagar, caen en estados de angustia y conflicto con sus codeudoras. Otro tipo de deuda que adquieren las mujeres es a través de "pedir fiado", a lo que recurren para resolver las carencias cotidianas; las que mensualmente son beneficiarias del programa Oportunidades, ahora son consideradas sujetos de crédito y les dan mercancías fiadas (sobre todo productos básicos) en las tiendas de los pueblos con el compromiso de pagar en cuanto reciban su apoyo, lo que asegura un plus de ganancia para los dueños.

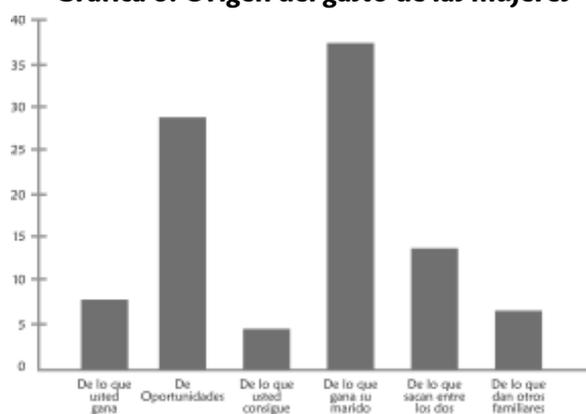
En este sentido, tenemos que 45% de las familias tiene alguna deuda que es menor a \$1,000.00 (34%), pero hay quien la tiene de \$1,000.00 a \$3,000.00 (41%), y un cuarto de las familias debe más de \$5,000.00 (24%). El 20% de las familias no paga ningún interés, el 28% paga menos del 10% al mes y la mitad más del 10% mensual. Los datos a nivel de zona muestran que las deudas son más frecuentes para las familias de las Comunidades del Sur (62.5%) y las de la Depresión Central (47.1%), no obstante que también son altas en las Montañas Zoques (37.3%). En las tres subregiones el dinero prestado se destinó sobre todo a gastos por enfermedad (41%) y a la compra de alimentos (31%), dos aspectos elementales de la reproducción.

Origen del gasto de las mujeres

Llamamos gasto al dinero del que las mujeres disponen para el soste-

nimiento cotidiano de la familia y que, como ya dijimos, utilizan fundamentalmente para alimentos. En este apartado nos referimos al origen de este gasto porque nos da una idea del juego de dependencias que construyen en relación con sus funciones de cuidado. En la gráfica 6 se puede ver que siguen dependiendo mayoritariamente del aporte de los esposos, que cumplen la función tradicional de abastecedores (37.5%). Cuando les preguntamos de dónde obtienen el dinero de su gasto, en un segundo lugar aparece el programa Oportunidades (28%), y en tercer lugar el trabajo de ambos (13%). Esto es importante porque significa una valoración de los aportes de la mujer a la economía familiar que nos remite a la idea de complementariedad existente en la tradición campesina e indígena, aunque advertimos que es una complementariedad en desigualdad porque el hombre mantiene su posición de dominio en esas relaciones. El siguiente recurso que señalaron las mujeres como origen de su gasto fue su propio aporte, lo que corresponde fundamentalmente a las mujeres solas y a las pocas que han logrado cierta autonomía económica (12%). El último lugar señalado es el aporte de otros familiares (7.6%), lo que nos remite a pensar en las remesas enviadas por los hijos u otros familiares. Más adelante analizamos las dos formas prioritarias del origen del gasto de las mujeres.

Gráfica 6. Origen del gasto de las mujeres



Fuente: Encuesta CESMECA-UNICACH, 2009.

Lo que gana el marido

Lo que ganan los esposos, que son los principales abastecedores de la familia, destacamos que en su mayoría residen en sus localidades, lo que asociamos a una baja migración tanto interna como externa. Esto diferencia a la región de otras en las que la migración siempre ha sido complemento de la producción campesina. La ocupación principal de los esposos es el trabajo agropecuario (62%) que algunos combinan con otro empleo, como albañiles o ayudantes de albañil; las otras ocupaciones que mencionan registran bajos porcentajes: peones o jornaleros (12%), albañiles o ayudante de albañil (10%) y otras ocupaciones muy diversas que hemos agrupado en el 15% restante. Llama la atención que muy pocos esposos de las mujeres entrevistadas estaban sin trabajo (0.8%).

En el cuadro 15 se han correlacionado la ocupación con el ingreso, lo que deja ver claramente que en el sector marginado de esta región el ingreso de los campesinos se concentra en los niveles de menos de \$1,000.00, y de \$1,000.00 a \$3,000.00 mensuales. Asimismo, el resto de las ocupaciones se agrupan fundamentalmente en el nivel de \$1,000.00 a \$3,000.00, a excepción del grupo de los empleados, que se distribuyen por igual en este nivel y en el de \$1,000.00 a \$3,000.00.

Cuadro 15. Ocupación principal e ingreso del conyugue

Ocupación principal	Total de lo que gana en el mes (%)				Total
	Nada	Menos de \$1,000	\$1,000 a \$3,000	\$3,000 a \$5,000	
Campesino	9.7	28.2	22.6	1.6	62.1
Peón/Jornalero	0	3.2	7.3	.8	11.3
Albañil	0	0	4.8	.8	5.6
Empleado	0	0	1.6	1.6	3.2
Vende algo	0	0	.8	.8	1.6
Sin trabajo	.8	0	0	0	.8
Otro	0	4.0	10.5	.8	15.3
Total	10.5	10.5	47.6	6.5	100

Fuente: Encuesta CESMECA-UNICACH, 2009.

Sólo un esposo se dedica a la ganadería ya que esta ocupación requiere de grandes extensiones de terreno y una inversión que los campesinos marginales generalmente no pueden sostener. El promedio del ingreso de los hombres es menor a \$2,000 mensuales, cantidad que apenas es suficiente para sostener en el nivel de pobreza a una familia de cinco integrantes. Sin embargo, los datos hasta ahora descritos nos permiten suponer que en este sector las crisis económicas no han tenido los efectos devastadores que sí ha habido en las regiones más pobres del estado (Selva y Altos).

Oportunidades como segunda fuente de ingresos de las mujeres

Como ya se dijo, la segunda fuente importante del gasto proviene de los apoyos otorgados por el programa Oportunidades. A nivel regional, 71% de las familias está inscrito en este programa y recibe en promedio \$378.00 mensuales, cantidad que resulta muy baja para ser el principal ingreso del gasto familiar cotidiano. Este dato puede indicar un nivel material de vida muy precario, además de llevarnos a la pregunta de qué hace el 29% de las familias que no cuenta con este recurso. Ante el proceso de encarecimiento de los medios necesarios para la reproducción social de las familias, el Estado ha respondido asistencialmente con este programa y otros, que permiten a las familias que están por debajo de la "línea de la pobreza", contar con un ingreso económico bimestral. Esto tiene como consecuencia que se delega a las mujeres la responsabilidad de la sostenibilidad familiar, de modo que se fortalecen los parámetros tradicionales de la división sexual del trabajo, con el agravante de que ellas cumplen el papel de productoras y reproductoras

La migración laboral

Al igual que sucede en todo el estado de Chiapas (Olivera y Arellano, 2011), las mujeres marginales de la región Centro migran poco; solamente 12% dijo haberlo hecho alguna vez, sobre todo en las Montañas Zoques, en donde se concentra el 63% de las mujeres que han tenido

una experiencia migratoria hacia los municipios y estados cercanos. Ello puede asociarse a la alta marginalidad y falta de oportunidades en esa zona. Además de la edad y la escolarización, la permanencia de las mujeres en las comunidades se relaciona con su responsabilidad doméstica, así como con la necesidad de cumplir con las obligaciones que impone el programa Oportunidades: chequeos médicos periódicos y asegurarse de que los hijos vayan a la escuela. De ahí que al ausentarse por mucho tiempo se corre el riesgo de perder el apoyo, como le ocurrió a doña Norma, mestiza de 28 años del municipio de Tecpatán, a quien le cancelaron los beneficios del programa Oportunidades porque no cobró un pago al estar fuera de la localidad.

Cuadro 16. Migración de las mujeres por subregiones

Zona	Ha migrado alguna vez?		
	Sí	No	Total
Depresión Central	6.8	93.2	100
Montañas Zoques	19.0	81.0	100
Comunidades del Sur	12.5	87.5	100
Región Centro	11.2	88.8	100

Fuente: Encuesta CESMECA-UNICACH, 2009.

Es importante destacar que la mayoría (90%) de las migrantes tiene algún grado de escolaridad, lo que favoreció su ocupación en el sector de servicios y comercio durante su estancia fuera de sus localidades. Su migración se relaciona con la carencia de tierra familiar para cultivo, lo que se observa en el hecho de que el 50% de las que lo han hecho por lo menos una vez, no tiene tierras para sembrar.

Al contrario que las mujeres, los varones sí migran. El 18% de los familiares de las entrevistadas, esposos e hijos mayores de 15 años, lo han hecho en alguna ocasión; en cambio, sus hijas sólo han migrado ocasionalmente (11%). Del total de familiares migrantes, el 89% se ha movido en el interior de Chiapas, ha salido a los estados vecinos,

al Distrito Federal o al norte del país, mientras que solamente el 9% ha salido al extranjero. El motivo fue buscar trabajo (81%) para completar sus gastos familiares, y muy pocos (10%) lo hicieron para estudiar. Un factor importante es que el mayor número de los familiares varones que han migrado, sobre todo a Oaxaca, son de la Depresión Central, a diferencia de las mujeres, que en su mayoría viven en la zona Zoque.

Cuadro 17. Familiares que han migrado

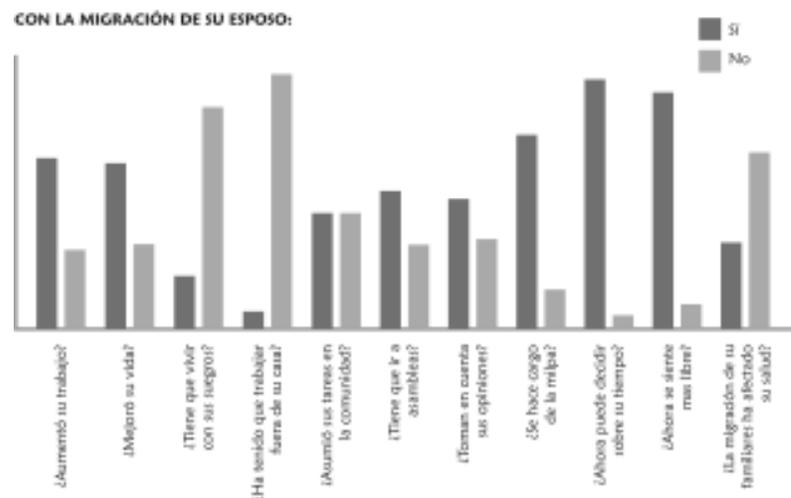
Lugar de trabajo	A dónde ha migrado?		
	Al interior del país	Otro país	Total
Aquí mismo	44	6	50
Otro municipio	24	0	24
Otro estado	24	0	24
Otro país	0	3	3
Total	91	9	100

Fuente: Encuesta CESMECA-UNICACH, 2009.

Los efectos de la migración en las mujeres son ambivalentes porque la mayoría de ellas considera que su vida ha mejorado a raíz de la salida de su esposo, pero casi todas coinciden en que este hecho aumentó su trabajo. Sin embargo, la ausencia del esposo también significa para las mujeres mayor libertad para decidir sobre su tiempo y manejar los ingresos de la familia. Cuando los esposos salen del país o van por temporadas largas al norte, en la mayor parte de los casos la esposa es quien se hace cargo de la milpa y asume las responsabilidades del esposo dentro de la comunidad, como la prestación de servicios y las cooperaciones. Es decir, a pesar de no ser ellas las propietarias de las tierras, tienen que asumir la obligación de participar dentro de la comunidad en representación del esposo, quien a pesar de estar ausente decide sobre los asuntos familiares ante la localidad. Sin embargo, cuando regresa desconoce la agencia desplegada por su esposa y busca imponer nuevamente su posición de dominio en la familia.

En teoría, el hecho de migrar supone un mejoramiento de las condiciones de vida de la familia del migrante, quien va en busca de mejores ingresos para satisfacer las necesidades que el mercado laboral local no le garantiza. Sin embargo, la migración no mejora significativamente la calidad de vida de la población marginal porque los bajos ingresos obtenidos se diluyen en el gasto cotidiano o se invierten en la producción de subsistencia y, en muy pocos casos, rompe la barrera de la pobreza y, por tanto, de la exclusión social. En el siguiente cuadro se muestran algunas percepciones de las mujeres sobre los efectos que ha tenido en ellas la migración de sus esposos:

Gráfica 7. Efectos de la migración de los esposos en las mujeres



Fuente: Encuesta CESMECA-UNICACH, 2009.

A cambio de las retribuciones económicas que la migración genera, las familias enfrentan un importante costo emocional que en ocasiones conlleva la desintegración familiar. Además, la migración tiene diversos efectos para quienes se quedan, sobre todo en las mujeres, que tienen que asumir diversas responsabilidades y tareas que el esposo migrante abandona, lo que se traduce en doble o triple jornada de trabajo con una gran presión por las nuevas responsabilidades.

Además, generalmente no cuentan con ningún apoyo moral que permita su participación plena en el ámbito público, donde a menudo se encuentran vulnerables y los hombres no toman en cuenta sus opiniones.

6.3. Cómo se reproduce la marginalidad

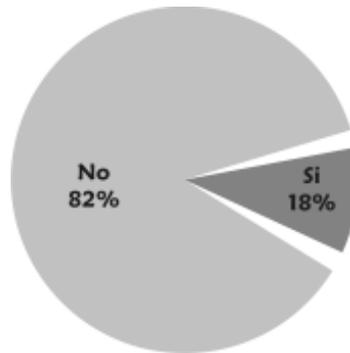
Hemos planteado anteriormente que la marginalidad implica la imposibilidad de las personas para intervenir en los ámbitos de decisión política y económica. Este hecho denota la exclusión social de esta población y la continuidad de su pobreza en tanto no logren acceder a esos ámbitos. El proceso al que el Estado y las políticas neoliberales apuestan actualmente es a la "integración social" de la población marginal pero, al no modificar las raíces de su exclusión económica, éstas solamente reproducen y precarizan el nivel de sobrevivencia de esta población.

La participación es un elemento fundamental para lograr la integración de la población marginal, pero para el Estado debe estar enmarcada en sus objetivos e intereses económicos y políticos. En el caso de las mujeres marginales, las políticas públicas propician su participación dependiente del asistencialismo oficial, con efectos contrarios a su autodeterminación y profundizando sus subordinaciones de género y clase, lo que les permite acceder al ámbito público de manera muy vulnerable y marginal.

Del total de mujeres encuestadas en la región Centro, solamente 18% participa en alguna organización, identificándose como tal a aquellos grupos constituidos por hombres y mujeres en torno a un interés inmediato, tales como los comités de desayunos escolares, Oportunidades, la clínica del pueblo o los comités de colonias sin reivindicaciones de género. La forma de participar, así como el número de mujeres que participan, varía dentro de la región. El 71% de las mujeres que participan se encuentra en la zona de la Depresión Central y

23% en las Montañas Zoques; el menor porcentaje está en las Comunidades del Sur. A nivel regional solamente 4% de ellas tiene cargo en su gobierno local.

Grafica 8: Mujeres que participan en alguna organización



Fuente: Encuesta CESMECA-UNICACH, 2009.

Las organizaciones en las que participan las mujeres son indistintamente de tipo religioso, de carácter productivo agrícola o artesanal o de resistencia política. Algunas organizaciones campesinas en la región son la Central Independiente de Obreros Agrícolas y Campesinos (CIOAC), la Organización Campesina Emiliano Zapata (OCEZ) y la Organización Proletaria Emiliano Zapata (OPEZ), pero su presencia en ellas es escasa. De esas organizaciones, sólo la OCEZ tiene impacto importante a nivel estatal en lo referente a la defensa de la propiedad comunal y de los derechos agrarios, pero la participación de las mujeres tampoco ha jugado un papel significativo.

Participación religiosa

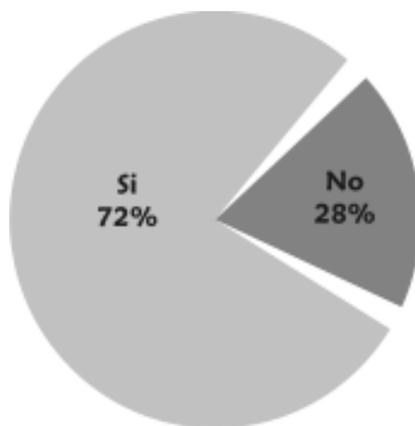
Otra forma de participar de las mujeres al interior de sus localidades es a través de la religión y de los cargos que ocupan dentro de sus iglesias; 17% tiene cargos en sus iglesias; sin embargo, éstos no son de dirigencia, sino que son tesoreras, coordinadoras de la pastoral, res-

ponsables del coro, de la limpieza o del arreglo de la iglesia, legionarias o subcoordinadoras de zona parroquial. En todos los casos están subordinadas a una autoridad masculina.

Participación electoral

La escasa participación de las mujeres en espacios de toma de decisiones y de negociación también se refleja en la forma de su participación electoral, pues aunque sólo 28% dijo no haber participado en las elecciones presidenciales de 2006, sabemos que en muchos casos el voto de las mujeres fue manipulado en beneficio de los candidatos oficiales porque las mujeres no tenían una verdadera militancia en los partidos ni conocieron si los programas de gobierno propuestos convenían a sus intereses o si incluían algunas de sus reivindicaciones. Tanto las autoridades locales como los esposos presionaron con frecuencia a las mujeres campesinas para que emitieran su voto a favor de su candidato y sabemos que en varios casos las sustituyeron en el proceso electoral.

Grafica 9: Participación en las elecciones presidenciales



Fuente: Encuesta CESMECA-UNICACH, 2009.

Participación de las mujeres en las decisiones familiares

Existe una asociación entre la falta de ingresos, recursos o escolaridad y la escasa participación de las mujeres tanto en el ámbito público como en el privado, porque la baja participación refleja de manera muy significativa la condición de opresión y subordinación que todas comparten. La toma de decisiones individuales al interior de sus familias es escasa. La mayoría de ellas expresó que las decisiones las toman en pareja, lo que puede deberse a la tradición de complementaridad que explícita o implícitamente subsiste en el campo, aunque es una complementaridad en desigualdad porque siempre el varón asume la posición de autoridad.

Sin embargo, en lo referente al número de hijos las mujeres reconocen que son los hombres los que deciden, lo que manifiesta la falta de autodeterminación de las mujeres sobre su propio cuerpo. En lo que respecta al casamiento y estudio de las hijas, las mujeres tienen igual o mayor incidencia que los hombres, lo que posiblemente se deba a su labor de cuidadoras y a que son quienes aconsejan e impulsan a sus hijas para tomar decisiones importantes. Por lo tanto, las apoyan y acompañan en el proceso en la medida de sus posibilidades.

Sobre la participación de las mujeres en la vida pública, sus respuestas indican que son ellas quienes deciden si asisten o no a las reuniones de la localidad y los cargos o funciones públicas que pueden desempeñar; sin embargo, siempre existe una importante mediación de su pareja.

En lo referente a los recursos de la casa, la gran mayoría expresó que ellas no ganan dinero y que, por lo tanto, no han tenido la experiencia de decidir sobre un recurso que no consideran propio. Pero lo que sí queda claro es que en los recursos obtenidos por el esposo, en la mayoría de los casos es éste quien decide cómo se ha de gastar.

Cuadro 18. Actores que intervienen en las decisiones familiares

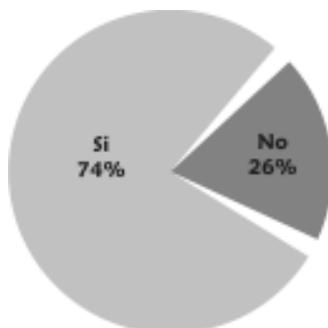
Quién decide sobre:	La mujer	El esposo	La pareja	Dios	Las hijas	Toda la familia	La comunidad	Nadie	No dice	Otro
Núm. hijos	4%	8%	61%	16%		1%		4%	3%	3%
Estudios hijas	8%	10%	59%		6%	2%		2%	7%	5%
Casamiento hijas	7%	2%	22%		44%	6%			12%	7% hijos
Cómo gastar dinero de ella	9%	1%	3%						1%	86% no
Cómo gastar dinero de el	23%	14%	44%			1%			5%	13%
Asistencia a reuniones	35%	19%	39%			1%		1%	2%	3%
Aceptar cargo	40%	16%	37%			1%	2%	1%	2%	1%

Fuente: Encuesta CESMECA-UNICACH, 2009.

Percepciones de las mujeres sobre su participación

Aunque la gran mayoría de las mujeres no participa en la vida pública o en organizaciones políticas, las que sí participan lo hacen de manera marginal, o bien son convocadas por algún programa de apoyo para conformar grupos de trabajo. Cuentan con escaso poder de negociación para tomar decisiones dentro de la localidad y de sus familias; 74% de las encuestadas consideró que actualmente es más fácil que las mujeres participen porque las costumbres han cambiado (61%), conocen y ejercen sus derechos (23%), porque los maridos las dejan participar, ahora hay más apoyos para las mujeres y porque ahora pueden prepararse más.

Grafica 10: Facilidad para participar en las organizaciones



Fuente: Encuesta CESMECA-UNICACH, 2009.

Las mujeres que consideran que ahora es más difícil participar dentro de las organizaciones atribuyen este hecho a su falta de tiempo (39%) y a la desconfianza que sienten hacia estas instituciones (39%) principalmente.

Otros factores son su falta de interés aunado al machismo, la discriminación de género que sufren, el analfabetismo y la falta de dinero. Estos elementos están estrechamente relacionados con la marginalidad económica y las desigualdades de género en las que viven.

Violencia y relaciones familiares

Hablar de violencia hacia las mujeres marginales implica ir más allá de las agresiones físicas o verbales directas que la mayoría enfrenta de manera cotidiana, porque el sólo hecho de vivir en condiciones de pobreza o de pobreza extrema constituye ya una forma de violencia permanente hacia ellas.

Esta violencia estructural a la cual se enfrentan las familias marginales está incrementándose con la crisis y, por lo tanto, las pone en una situación aún más vulnerable que antes porque ahora son ellas quienes viven de manera directa los diversos fenómenos que ésta genera y refuerza, tales como: el incremento de la pobreza, de la violencia familiar, de la migración, de la delincuencia y de los cambios en los roles de género, así como la discriminación en la participación política de las mujeres, en el trabajo remunerado que ellas realizan, en los servicios públicos y sociales, y en toda la dinámica familiar y comunitaria.

En la región Centro, al igual que en las diferentes regiones del estado, las mujeres están enfrentando una situación de encarecimiento progresivo de los recursos materiales para poder sobrevivir; desde décadas anteriores, con el proceso de modernización de la región y el crecimiento acelerado de la ciudad capital, comenzaron a enfrentar un proceso de migración para buscar oportunidades laborales en ella.

Sin embargo, con la crisis las oportunidades de empleo son cada vez más escasas, y la falta de políticas públicas para el fomento a la producción y al empleo femenino agrava aún más la situación de las mujeres de la región.

La pobreza y la falta de oportunidades en las cuales las mujeres marginales de la región Centro se encuentran hacen que día tras día ellas vivan preocupadas porque "no hay trabajo" y "no alcanza el dinero", como mencionaron en las entrevistas. Este hecho les genera una situación de impotencia y frustración, porque a pesar de ello tienen que "buscar la forma" de continuar con sus labores de reproducción dentro de sus hogares. Ante esta situación se plantean diversas estrategias de sobrevivencia y buscan opciones para conseguir o complementar los insumos para la alimentación familiar, por lo que desempeñan oficios y tareas adicionales a las domésticas.

Sin embargo, el hecho de salir de sus localidades para buscar empleos, principalmente en Tuxtla Gutiérrez, significa también exponerse a diversos riesgos, puesto que en dicha ciudad la violencia hacia las mujeres y los feminicidios van en aumento. Un dato muy significativo que ilustra el estado de ánimo que cotidianamente guardan las mujeres de la región es que, cuando se les preguntó cómo se sentía su corazón este año, más de la mitad expresó tener preocupación, tristeza y dolor, o, en su caso, simplemente dijeron estar bien, sin que su respuesta coincidiera con las diversas angustias que describían.

Es importante destacar que la mayoría de las mujeres negaron estar viviendo algún tipo de violencia al interior de sus familias, ya sea con su pareja o sus hijos. Cuando se les preguntó si sus esposos les pegaban, su respuesta fue contundente: nunca (83%), y el resto no contestaron o justificaron el hecho de que alguna vez el marido las haya golpeado. Algunas dijeron que les grita, pero que no les pega, o bien que sólo una vez lo había hecho.

Gráfica 11: Estado de ánimo de las mujeres al ser encuestadas

Fuente: Encuesta CESMECA-UNICACH, 2009.

Finalmente, es necesario reconocer el contexto violento de la región y que es necesario estudiarlo a profundidad con investigaciones específicas. Un elemento importante es la constante violencia militar y paramilitar que viven las mujeres de localidades en conflicto agrario, como Venustiano Carranza y Nicolás Ruiz. Otro elemento es la violencia a las migrantes en Tuxtla Gutiérrez que, como ya señalamos, ha incrementado de manera considerable.

7. Reflexiones finales

La violencia estructural que caracteriza la dinámica de polarización social del sistema capitalista patriarcal se ha recrudecido con la globalización económica por la vía neoliberal. El incremento exponencial de la desigualdad social en México se refleja en la contradicción de que, mientras hay una fuerte escasez de trabajo asalariado, las mujeres tienen que trabajar más para sostener a la familia. Esta contradicción se expresa en una clara tendencia a la ampliación de su trabajo de cuidado, en el sentido de que todo lo que ganan u obtienen las mujeres lo invierten en la manutención familiar. Pero, a pesar de la relevancia que ha adquirido el trabajo de cuidado en la dinámica de acumulación del sistema, ellas se enfrentan a una violenta separación del espacio doméstico sin reducir su trabajo de cuidado debido a la desigualdad de género.

Estas situaciones, combinadas con su situación marginada y pobre, originan, junto con el trabajo de subsistencia de los hombres, que el valor del trabajo que generan se manifieste tanto en la reproducción de la marginalidad y como en la producción de fuerza de trabajo

"flexible", con las condiciones mínimas necesarias para migrar hacia la periferia urbana de Tuxtla y a otros polos de desarrollo en el interior del país o en el extranjero.

El valor del trabajo que producen las mujeres también se transfiere al capital a través de los intereses sobre los microcréditos que les otorgan los bancos y de los préstamos en general. La presión que las mujeres tienen por el pago de éstos les obliga a sobreendeudarse, de modo que se convierten en cautivas de la dinámica financiera que acelera el proceso de polarización social.

La dependencia de las mujeres a los hombres se ha extendido hacia la dependencia al Estado y sus programas asistenciales, como es el caso del programa Oportunidades, en un ejercicio de subordinación/dominación que se refleja en el control sobre su movilidad y en la imposición de decisiones sobre sus cuerpos y tiempos. Debido a la desigualdad de género y a la condición subordinada de las mujeres, la agencia que despliegan para solventar los estragos de las crisis periódicas del sistema las coloca en una situación de vulnerabilidad al salir al espacio público, y al ser víctimas del acoso sistemático y de la violencia feminicida. No es casual que Tuxtla Gutiérrez sea, junto a San Cristóbal de Las Casas, uno de los municipios donde se han registrado más muertes violentas de mujeres en lo que va de 2014.

Los efectos de la crisis en la vida de las mujeres marginales no se reducen a un incremento de su pobreza y su trabajo, sino que también incluyen las tensiones emocionales y la violencia social que tienen que afrontar en su incursión a nuevos ámbitos laborales y de participación que han generando cambios profundos en sus vidas.

Sin embargo, estos cambios generados por la necesidad de resolver sus problemas económicos, aunque generalmente movilizan la agencia de las mujeres y propician su empoderamiento modificando su

situación económica y a veces hasta mejorándola, no eliminan su subordinación de género, sino que la agravan porque tienen que someterse a la dinámica competitiva y enajenante del sistema de mercado. Las alternativas que las mujeres marginales han generado ante las crisis no resuelven su situación marginal, pues aunque diversifican sus actividades buscando mejorar sus ingresos, todo lo que ganan generalmente es absorbido por su responsabilidad de mantener y reproducir a la familia, sin poder acumular el capital necesario para trascender los límites de la marginación, y mucho menos para lograr algún cambio que les permita eliminar su condición subordinada de género.

Las familias marginales de la región Centro están más profundamente insertas en la lógica neoliberal que las familias campesinas de otras regiones. Al tener mejores y más seguros ingresos, estas familias son consumidoras más eficientes, lo que favorece la circulación del dinero y constituye, junto con su trabajo barato, la principal aportación al sistema.

De lo apuntado en este diagnóstico podemos concluir que la reproducción de la marginalidad no sólo es un resultado del sistema económico y político imperante, sino que es parte de su dinámica de reproducción. Para ello, el Estado asegura al mercado cierta estabilidad en la producción permanente del trabajo barato a través de los programas asistenciales diseñados específicamente para controlar las actividades y tiempos de las mujeres, sometiéndolas a sus intereses, uso y disposición, e impidiendo, en consecuencia, su autodeterminación y liberación de las trabas que las atan a su posición subordinada. En este sentido, las mujeres se han vuelto el "foco" de atención de tales políticas, al ser las encargadas de la reproducción social porque es a través de ellas como se asegura la reproducción de la mano de obra necesaria y dócil a los intereses del capital.

Para concluir este diagnóstico de la región I Centro, queremos dejar asentadas en forma de hipótesis algunas consideraciones que podrían

servir como punto de partida en investigaciones posteriores.

- El proceso de polarización social y económica adquiere una dinámica globalizadora que subordina y jerarquiza los espacios político-administrativos; así, Chiapas, en relación con el país ocupa una posición marginal en donde los extremos más pobres de polarización social están presentes en la vida del estado. Asimismo, la polarización socioeconómica coloca a la región Centro, y específicamente a Tuxtla, como el polo de desarrollo y modernidad más importante del estado, contrapuesto jerárquicamente a las regiones marginales y municipios indígenas de la periferia de la región (Chimalapas, Montañas Zoques y Comunidades del Sur), así como del resto de regiones pobres del estado (Altos, Fronteriza y Selva).
- Esta posición surgida de la inclusión del estado en la polarizada dinámica neoliberal del sistema capitalista, ha ocasionado que las características de la población marginada de la región Centro no sean tan extremas como en las regiones indígenas y campesinas del estado. Esta situación, a pesar de las crisis, se refleja en un mejor nivel de ingreso, en la menor presencia de población indígena y en los relativamente bajos niveles de desocupación, así como en otros factores que se asocian con las características fisiográficas favorables para la producción agrícola y ganadera, con la ubicación del centro político y administrativo del estado y con la concentración subsidiaria del capital mercantil y financiero en la región.
- Sin embargo, esta situación menos crítica para la población marginal de la región, no se refleja en la superación de la posición subordinada de las mujeres, ya que, como anotamos antes, el neoliberalismo las utiliza para garantizar la producción de mano de obra barata y dócil que el sistema requiere para la reproducción de su infraestructura laboral, con lo que el sistema las mantiene cautivas en su función de reproductoras de la marginalidad.

8. Bibliografía

- Albores G., Eduardo J. (1959), *Chiapas prehispánico*, Instituto de Ciencias y Artes de Chiapas, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas.
- Aramoni Calderón, Dolores (1998), "Las cofradías Zoques: espacios de resistencia", en *Anuario de Estudios Indígenas VII*. IEI-UNACH, San Cristóbal de Las Casas, Chiapas.
- Acosta Ochoa, Guillermo (2006), "Imágenes en reconocimiento a un maestro: un estudio sobre representaciones rupestres al noroccidente de Chiapas", en *Anales de Antropología*, vol. 40-II, Instituto de Investigaciones Antropológicas de la Universidad Nacional Autónoma de México, México, pp. 281-297.
- Acosta Ochoa, Guillermo (2011), "De olmecas a zoques: las cuevas de la región de Ocozocoautla, Chiapas en la transición Preclásico-Clásico Temprano", en *XXIV Simposio de Investigaciones Arqueológicas en Guatemala*, Museo Nacional de Arqueología y Etnología, Guatemala, pp. 1138-1153.
- Burguete Cal y Mayor, Araceli (2002), "Ciudadanas en la etnicidad. Campos de proceso de ciudadanización de las

mujeres indígenas en los Altos de Chiapas: desafíos y oportunidades", en *Anuario Cesmeca-Unicach, 2002*, Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica, Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, pp. 155-170.

- Cáceres López, Carlos (1958), *Historia general del estado de Chiapas desde la época prehispánica hasta su independencia y reincorporación a México*, edición del autor, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas.
- Comité Estatal de Información Estadística y Geográfica. Información general. Disponible en: <http://www.ceieg.chiapas.gob.mx/home/> [consultado en abril de 2014].
- Consejo Nacional de Población (CONAPO) (2011), *Índice de marginación por entidad federativa y municipio, 2010*, CONAPO, México.
- Cuadriello Olivos, Hanlynn (2008), "Chiapas siglo XIX", en Nolasco, Margarita *et al.* (coord.), *Los pueblos indígenas de Chiapas. Atlas etnográfico*, Gobierno del Estado de Chiapas-INAH, México, pp. 75-80.
- De la Peña, Moisés T (1951), *Chiapas económico*, 4 t., Departamento de Prensa y Turismo, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas.
- Del Carpio Penagos, Carlos Uriel (2007), "Colonización y conflicto agrario en la frontera occidental de Chiapas", en Del Carpio Penagos, Carlos Uriel y Thomas A. Lee (eds), *Historia, sociedad y ambiente en la cuenca del Río Negro frontera Chiapas-Oaxaca*, UNICACH, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas.
- De Vos, Jan (2001), *Lakwi' Nuestra raíz*, Ciesas-Clío, México.
- De Vos, Jan (2008), "Chiapas durante la época colonial", en Nolasco, Margarita *et al.* (coords.), *Los pueblos indígenas de Chiapas. Atlas etnográfico*, Gobierno del Estado de Chiapas-INAH, México, pp. 133-140.
- Ekholm, Susanna M. (1998), "La arqueología de la región

- zoque y la selva El Ocote", en Aramoni, Dolores, Thomas A. Lee y Miguel Lisbona Guillén, *Cultura y etnicidad zoque: nuevos enfoques en la investigación social de Chiapas*, UNICACH, UNACH, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, pp. 62-88.
- Fernández Galán, María Elena (2000), "Los valles Centrales durante la colonia: revisión bibliográfica", en *Anuario de Estudios Indígenas 8*, IEI-UNACH, San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, pp. 261-290..
 - Gobierno del Estado de Chiapas 2006-2012 (s.f.a), *Programa de Ordenamiento Regional de Desarrollo. Región I Metropolitana*, Gobierno del Estado de Chiapas, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas.
 - Gobierno del Estado de Chiapas 2006-2012 (s.f.b), *Programa de Ordenamiento Regional de Desarrollo. Región II De los Valles Zoques*, Gobierno del Estado de Chiapas, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas.
 - Gobierno del Estado de Chiapas 2006-2012 (s.f.c), *Programa de Ordenamiento Regional de Desarrollo. Región III Mezcalapa*, Gobierno del Estado de Chiapas, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas.
 - Gobierno del Estado de Chiapas 2006-2012 (s.f.d), *Programa de Ordenamiento Regional de Desarrollo. Región IV De los Llanos*, Gobierno del Estado de Chiapas, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas.
 - Gobierno del Estado de Chiapas 2006-2012 (s.f.e), *Programa de Ordenamiento Regional de Desarrollo. Región VII de los Bosques*, Gobierno del Estado de Chiapas, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas.
 - García de León, Antonio (1979), "Lucha de clases y poder político en Chiapas", en *Historia y Sociedad*, 2ª época, núm. 22, octubre, México, pp. 57-87.
 - Hernández García, Salvador *et al.* (2009), Movilidad regional en Chiapas, información básica para la planeación del trans-

porte. Informe técnico, Secretaría de Comunicaciones y Transportes, Instituto Mexicano del Agua, Sanfandila, Qro. Disponible en: <http://www.imt.mx/archivos/Publicaciones/PublicacionTecnica/pt330.pdf> [consultado en marzo de 2014].

- Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI), (2009), *Censo Agropecuario 2007. VIII Censo Agrícola, Ganadero y Forestal*, INEGI, Aguascalientes.
- Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI), (1991), *XI Censo General de Población y Vivienda 1990*, INEGI, Aguascalientes.
- Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI), (2001), *XII Censo General de Población y Vivienda 2000*, INEGI, Aguascalientes.
- Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI), (2011), *XIII Censo general de población y vivienda, 2010*, INEGI, Aguascalientes.
- Helbig, Karl M. (1964), *La cuenca superior del río Grijalva. Un estudio regional de Chiapas, sureste de México*, Instituto de Ciencias y Artes de Chiapas, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas.
- Lenkersdorf Lohmeyer, Gudrun (1995), "La resistencia a la conquista española en los Altos de Chiapas", En Viqueira, Juan Pedro y Mario Humberto Ruz (eds.), *Chiapas. Los rumbos de otra historia*, UNAM, Universidad de Guadalajara, CIESAS, CEMCA, México, pp. 72-86.
- Lisbona Guillen, Miguel (2006), "Existe una cultura zoque? El concepto de cultura en el debate contemporáneo", en Aramoni, Dolores, Thomas A. Lee y Miguel Lisbona Guillén (coords), *Presencia zoque. Una aproximación multidisciplinaria*, UNICACH/COCYTECH/ UNACH/UNAM, México, pp. 19-36.
- Lowe, Lineth S. (2006), "La Región de Malpaso durante el período Clásico Tardío", en Aramoni, Dolores, Thomas A. Lee

- y Miguel Lisbona Guillén (coords.), *Presencia zoque. Una aproximación multidisciplinaria*, UNICACH/COCYTECH/UNACH/UNAM, México, pp. 443.
- MacLeod, Murdo J. (1995), "Motines y cambios en las formas de control socioeconómico y político: los acontecimientos de Tuxtla 1693", en Viqueira, Juan Pedro y Mario Humberto Ruz (eds.), *Chiapas. Los rumbos de otra historia*, UNAM, Universidad de Guadalajara, CIESAS, CEMCA, México, pp. 87-102.
 - Molina Ludy, Virginia (1976), *San Bartolomé de Los Llanos: una urbanización frenada*, SEP, INAH, México.
 - Montoya Gómez, Guillermo (1989), *Producción y comercialización de granos básicos (maíz y frijol) en la región de los Valles Centrales de Chiapas*, tesis de licenciatura en economía, Facultad de Ciencias Sociales, UNACH, San Cristóbal de Las Casas, Chiapas.
 - Moreno Hernández, Hugo Cesar (2011), "Marginalidad y resistencia: estrategias marginales en la discusión de Larissa Adler, Oscar Lewis y Carlos Vélez-Ibáñez", en *Iberofórum. Revista de Ciencias Sociales de la Universidad Iberoamericana*, año VI, núm. 12, julio-diciembre, México.
 - Muench Navarro, Pablo (1982), "Las regiones agrícolas de Chiapas", en *Revista de Geografía Agrícola*, número 2, Texcoco, Universidad Autónoma de Chapingo, enero de 1986 en Renard, María Cristina (1998), *Los llanos en llamas: San Bartolomé*, UACH-Clave Latinoamericana, México.
 - Obara-Saeki, Tadashi (2010), *Ladinización sin mestizaje. Historia demográfica del área chiapaneca, 1748-1813*, Umbrales-CONECULTA, México.
 - Olivera Bustamante, Mercedes y Arellano Nucamendi, Mauricio (2001), "Efectos de la migración interne y externa en las mujeres marginales de Chiapas", ponencia presentada en el Tercer Coloquio de Migración Internacional, "Las migraciones regionales y extra-regionales en, hacia y desde Latinoamérica

y el Caribe: entre el mito y la realidad", Realizado por el Instituto Nacional de Migración, San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, México.

- Olivera Bustamante, Mercedes, Mauricio Arellano Nucamendi y Flor Marina Bermúdez Urbina (2014), *Subordinaciones estructurales de género. Las mujeres marginales de Chiapas ante la crisis*, CESMECA, CDMCH, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas.
- Ortíz Herrera, Rocío (2010), "Campesinos comuneros y finqueros de Chiapa de Corzo ante la Revolución mexicana, 1824-1914", en Fenner, Justus y Miguel Lisbona Guillén (coord.), *La Revolución mexicana en Chiapas un siglo después. Nuevos aportes 1910-1940*, PROIMMSE-IIA-UNAM, Gobierno del Estado de Chiapas, México, pp.87-116.
- Ortiz Díaz, Edith (2008), "El Camino Real de Chiapas: eje del desarrollo económico y social de los siglos XVI y XVII", en Nolasco et al., (coords.), *Los pueblos indígenas de Chiapas. Atlas etnográfico*, Gobierno del Estado de Chiapas, INAH, México, pp. 63-66.
- Renard, Maria Cristina (1998), *Los llanos en llamas: San Bartolomé*, Chiapas, UACH-Clave Latinoamericana, México.
- Reyes Ramos, María Eugenia (2004), "Política agraria en Chiapas: atención a focos rojos", en *Estudios Agrarios*, Revista de la Procuraduría Agraria, núm 26, mayo-agosto.
- Rus, Jan (2010), "Repensar la Revolución mexicana en Chiapas. ¿Fue la Revolución el fenómeno social más trascendental para el siglo XX en Chiapas?", en Lisbona Guillén, Miguel y Justus Fenner (coords.), *La Revolución mexicana en Chiapas, un siglo después*, PROIMMSE-IIA-UNAM y Gobierno del Estado de Chiapas, México, pp. 491-497.
- Ruz, Mario Humberto (1985), *Copanaguastla en un espejo. Un pueblo tzeltal en el Virreinato*, UNACH- IEI, San Cristóbal de las Casas, Chiapas.
- (1995), "Memorias de Rio Grande", en Viqueira, Juan

- Pedro y Mario Humberto Ruz (eds.), *Chiapas. Los rumbos de otra historia*, UNAM, Universidad de Guadalajara, CIESAS, CEMCA, México, pp. 43-70.
- Secretaría de Desarrollo Social (s.f.), Catálogo de localidades. Sistema de Apoyo para la Planeación del Programa para el Desarrollo de Zonas Prioritarias. Disponible en: <http://www.microrregiones.gob.mx/catloc/> [consultado en abril de 2014].
 - Speed, Shannon (2006), *Bajo la lanza: lucha por la tierra e identidad comunitaria en Nicolás Ruíz*, CONECULTA, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas.
 - Strecker, Matthias (2008), "Arte rupestre de Tabasco y Chiapas", en Künne, Martin y Matthias Strecker (eds), *Arte rupestre de México oriental y Centro América*, SIARB, Bolivia, 2ª ed., pp. 43-66.
 - Toledo Tello, Sonia (1998), "Los Valles Centrales de Chiapas y las diversas propuestas de región", en *Anuario de Estudios Indígenas 7*, IEI-UNACH, San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, pp. 371-392.
 - Vallverdú Jaume (2005), "Violencia religiosa y conflicto político en Chiapas, México", en *Nueva Antropología*, núm. 65, pp. 55-74.
 - Villa Rojas Alfonso (1975), "Configuración cultural de la región zoque de Chiapas", en Villa Rojas, Alfonso et al., *Los zoques de Chiapas*, INI-CONACULTA, México.
 - Villafuerte, Daniel y Guillermo Montoya (1990), "Chiapas en el contexto de la crisis agroalimentaria", en *Economía: Teoría y Práctica*, núm. 14, pp. 165-183.
 - Viqueira, Juan Pedro (1995a), "Chiapas y sus regiones", en Viqueira, Juan Pedro y Mario Humberto Ruz (eds.), *Chiapas. Los rumbos de otra historia*, UNAM, Universidad de Guadalajara, CIESAS, CEMCA, México, pp. 19-40.
 - (1995b), "Las causas de una rebelión india: Chiapas

1712", en Viqueira, Juan Pedro y Mario Humberto Ruz (eds.), Chiapas. *Los rumbos de otra historia*, UNAM, Universidad de Guadalajara, Universidad de Guadalajara, CIESAS, CEMCA, México, pp. 103-144.

- (2002), *Encrucijadas chiapanecas. Historia, economía, religión e identidades*, Tusquets-El Colegio de México, México.
- (2008), "Las lenguas de Chiapas", en Nolasco, Margarita et al., (coords.), *Los pueblos indígenas de Chiapas. Atlas etnográfico*, Gobierno del Estado de Chiapas-INAH, México, pp. 31-48.
- (2009), "Cuando no florecen las ciudades: La urbanización tardía e insuficiente de Chiapas", en Lira Vásquez, C. y A. Rodríguez Kuri (coords.), *Ciudades mexicanas del siglo XX. Siete estudios históricos*, El Colegio de México- Universidad Autónoma Metropolitana Azcapotzalco-Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, México.